

SERVICIO
SECRETO

Ss

EL ASESINO FIRMA SU CRIMEN

Clark Carrados



SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

SAV



SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

EL ASESINO FIRMA SU CRIMEN

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.535

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.668. - Sierra maldita.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.531. - Furia, fuego y sangre.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.058. - Sed de odio sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812. - Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030. - Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626. - Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. - El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. - Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. - Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66. - Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

920. - ¡Impacto!

En Colección COLORADO:

1.069. - Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 37.501 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain
1.^a edición: enero, 1980

© Clark Carrados - 1980
Texto

© Jorge Sempere - 1980
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El humor de Theodore Harmel, Kip para los amigos, era pésimo en aquellos momentos. Tenía que hacerlo, no le quedaba otro remedio, pero, de haber sido posible, hubiese pagado algo bueno por no entrevistarse con Milt Conover.

Los informes que tenía de Conover no podían ser más deprimentes. Era un sujeto de reacciones impredecibles. Lo mismo podía invitarle a una copa que pegarle un tiro. Quizá adoptase una solución intermedia, romperle una silla en la cabeza, por ejemplo. No obstante, Harmel presentía que las posibilidades del encuentro violento eran de diez a uno.

Sólo un diez por ciento de probabilidades de sostener una entrevista apacible con Conover. No era demasiado, se dijo, mientras se disponía a llamar a la puerta del apartamento ocupado por el irascible sujeto.

El humor de Conover dependía de los ingresos obtenidos durante el día, mediante el uso adecuado de una voz aguardentosa y una navaja muy bien afilada. Si había conseguido un botín de un par de cientos de dólares, le invitaría a una copa.

Si no... Con la mano derecha, Harmel tanteó la delgada varilla de metal que llevaba bajo la chaqueta y de la que se había provisto precavidamente antes de la entrevista. A la policía no le importaría demasiado que alguien descalabrara a Conover. La varilla medía cosa de medio metro y era dura y flexible. Bien utilizada, podía hacer mucho daño.

Repitió la llamada, porque nadie contestaba. Sus informes decían que Conover tenía que estar en casa a aquellas horas. Pero el silencio del inquilino continuaba insistentemente.

Con la mano en el pomo, tocó de nuevo la varilla de acero, como si fuese un amuleto. Luego hizo girar la puerta muy despacio.

El apartamento estaba completamente a oscuras. Harmel alargó

el cuello.

—¡Conover! —llamó a media voz.

Nadie dio muestras de haberle oído. Harmel dio un paso más y, de repente, sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

En las tinieblas, acababa de percibir el sonido de una respiración sibilante a su izquierda. Sintió ganas de dar media vuelta y echar a correr, pero pensó en lo que podía ganar si hablaba con Conover y resistió valerosamente.

Alguien se movió a su izquierda. Harmel entrevió una silueta y saltó hacia el sujeto. Con la mano izquierda tapó su boca y con la derecha trató de sujetarlo por la cintura. Al hacerlo, tocó algo que le hizo sentir una inmensa extrañeza.

Subió la mano un poco. Allí había dos cosas redondas, firmes, de contornos inequívocos, muy agradables de tocar en otro momento. «Aquello» no podía pertenecer a Conover en modo alguno.

Bajó la mano y la paseó por un vientre liso. Lo que tocó a continuación terminó de convencerle del sexo a que pertenecía la persona a quien sujetaba con la mano izquierda.

Entonces, soltó a la mujer, retrocedió un paso y encendió la luz. Ella, roja de indignación, se le acercó y le asestó una tremenda bofetada.

—¡Cochino! ¡Cerdo lascivo! Me ha estado sobando como si yo fuese una... una de esas...

Harmel no hizo caso de la bofetada, pese a que no había sido en modo alguno una caricia amistosa. Tenía la boca abierta, porque la joven que estaba frente a él, con los senos agitándose por la indignación que la poseía, no era en modo alguno la clase de mujer que Conover se hubiese llevado a casa para celebrar el éxito de alguno de sus «golpes».

Debía de tener unos veinticuatro años, calculó, y era de buena estatura, con formas netamente femeninas, sin estridentes opulencias que habrían destruido la armonía de su silueta. El pelo era castaño dorado, muy corto, peinado a lo paje. Los ojos tenían unas pupilas azul oscuro, que emitían vivos destellos de furia en aquellos momentos.

Harmel levantó una mano.

—Bueno, bueno, no se ponga así —dijo, conciliador—. Todos estamos expuestos a cometer errores, señora.

—Es que hay muchas clases de errores —protestó la joven—. Usted se ha hartado de sobarme...

—Está bien, no lo repita más. Le presento mis más sinceras excusas, pero, dígame, ¿qué hace usted en esta casa?

—¿Qué hace usted en esta casa? —repitió ella como un eco. Harmel apretó los labios.

—Me llamo Theodore Harmel, aunque suelen decirme Kip, y soy investigador privado. Aquí reside un tipo llamado Milt Conover, quien, por cierto, debe de estar completamente borracho.

—¿Cómo lo sabe?

—Con el escándalo que hemos armado, ¿no cree que ya habría salido a ver qué pasa? Pero aún no sé quién es usted...

—Petula Simpson y eso debe bastarle —contestó la chica secamente.

—¿Conoce a Conover?

—¿Le importa mucho?

Harmel se encogió de hombros.

—No tiene aspecto de buscona, aunque en estos tiempos, uno no puede saber quién es y quién no es —contestó incisivamente—. Tampoco parece drogadicta, aunque sí puede que sea una ladrona.

Ella le apuntó con el índice.

—¡Blanco! —dijo, burlona—. Acertó en la diana.

—¿Ha venido a robar aquí?

—Yo robo en cualquier parte donde puedo encontrar algo de dinero —contestó Petula.

Harmel hizo un gesto con la mano.

—¡Oh! ¿A quién pretende engañar? —contestó, desdeñoso—. Pero, bien mirado, no me importa lo que pueda hacer aquí. Y ahora, si me disculpa...

Harmel echó a andar hacia el interior del apartamento.

—Eh, ¿a dónde va? —exclamó Petula.

—Quiero hablar con el inquilino. Estará durmiendo la borrachera, con lo que así me evitaré sus reacciones nada amistosas. Tendré que despertarle y...

Mientras hablaba, abrió la puerta que daba al dormitorio. De pronto, se le quebró la voz.

—¡Rayos! —dijo, tragando saliva.

—¿Qué pasa? —preguntó Petula, a la vez que corría hacia allí.

—¡No mire! —gritó Harmel.

Pero ya era tarde. Petula vio el cuerpo tendido sobre la cama, emitió un hondo suspiro y cayó al suelo redonda.

A Conover lo habían matado de un modo poco compasivo, a juzgar por los agujeros que se veían en su desnudo cuerpo. La cama estaba llena de sangre casi seca, Lo más horrible de todo era que tenía las manos y los tobillos atados con cable eléctrico.

Le habían torturado, sin duda, antes de darle muerte, de un tajo en el cuello. El dormitorio parecía un matadero.

Además, estaba completamente revuelto. Era indudable que él, o los asesinos, pensó Harmel, habían buscado algo, aunque no se le ocurriría qué podía ser. Lo que sí saltaba a la vista era que la entrevista con Conover ya no tendría lugar.

De pronto, oyó un gemido a sus espaldas.

—¿Dónde estoy?

—En un mal sitio —contestó Harmel, sin volverse—. Busque algo de licor y tómese un buen trago; creo que le sentará bien.

Petula se puso en pie, vacilante.

—Creo que me he desmayado como una tonta —dijo—. ¿Está muerto?

—¿Vive su abuela? —preguntó Harmel.

—No. Murió el año pasado...

—Entonces, Conover está tan muerto como su abuela.

—¡Qué gracioso! ¿No se le ocurre otra cosa?

—Sí. ¿A qué vino a esta casa?

—¿Y usted?

Harmel se volvió.

—Soy investigador privado. Conover atracó el otro día a un sujeto y le quitó la billetera, con cerca de mil dólares. A mi cliente no le importa el dinero; lo que quería era recobrar una fotografía. Conover se percató de que esa fotografía podía valer mucha «pasta» y telefoneó a mi cliente, para pedirle cinco mil dólares. Eso es todo.

—¿La ha encontrado?

—No, y dudo mucho de que lo consiga...

De repente, Petula lanzó un agudo chillido. Harmel, sorprendido, dio un salto.

—¿Qué pasa ahora? —exclamó malhumoradamente.

—Allí, mire —exclamó ella, señalando una de las paredes del

sangriento escenario.

Harmel parpadeó. Sobre el papel de la decoración se veía una mano de color rojo oscuro, como la marca dejada por una persona que se hubiese apoyado allí, con la mano completamente ensangrentada. Incluso habían caído algunos goterones, que se veían adheridos a la pared, un poco más abajo de la mano.

—¡Qué horrible! —dijo Petula.

—Sí, mucho —contestó él.

De pronto, vio algo en el suelo, a los pies de una cómoda, cuyos cajones habían sido registrados. Avanzó unos cuantos pasos, evitando las manchas de sangre con todo cuidado, se inclinó y recogió la billetera. En el interior, encontró una fotografía y sonrió.

—Bueno, al menos, ya tengo lo que quería —dijo, satisfecho.

—¿La ha encontrado? —preguntó ella.

—Sí. Y creo que es hora ya de que nos marchemos, señorita Simpson.

Harmel echó a andar hacia la puerta.

—Avisaré a la policía, supongo —dijo ella.

—Claro. Pero lo haré en forma anónima; no quiero verme mezclado en jaleos. Sé que no me pasaría nada, aunque prefiero evitar conflictos. Y a usted también le conviene.

—Creo que sí —convino la chica. De pronto, se llevó una mano a la frente y vaciló—. Oh, creo que me va a dar algo...

Galante, Harmel se precipitó a socorrerla y la sostuvo en sus brazos. Así estuvieron durante unos momentos. Luego, ella suspiró.

—Ya... se me ha pasado... Creí que iba a desmayarme de nuevo. —Sonrió tímidamente—. No soy tan fuerte como creía.

—Es lógico —dijo él—. ¿Salimos?

—Sí, será lo mejor.

Se separaron en la calle.

—Me gustaría verla de nuevo, Petula —manifestó Harmel.

—Tal vez —respondió ella, evasiva—. De todos modos, celebro haberle conocido. ¿Cuándo avisará a la policía?

—Mi casa está casi al otro lado de la ciudad. Digamos que me detendré a mitad de camino.

Petula le tendió la mano.

—Una excelente precaución —dijo—. Adiós, Kip.

—Hasta la vista, Petula.

Ella subió a un coche estacionado a poca distancia y arrancó de inmediato. Harmel meneó la cabeza.

—Sí, me gustaría verla otra vez —murmuró.

Montó en su coche y partió de aquel lugar, estremeciéndose todavía al recordar las horribles imágenes contempladas en aquella casa. Se preguntó por qué habrían asesinado a Conover, pero decidió finalmente que no era asunto de su incumbencia. Había ido a buscar una cosa y la había conseguido, eso era todo lo que debía importarle.

Treinta minutos más tarde, entraba en su casa. Se acercó al teléfono. Ahora comunicaría a su cliente la buena noticia. Había conseguido la fotografía comprometedora. Se la devolvería, cobraría lo convenido y...

Súbitamente, sintió que su frente se le cubría de un sudor helado.

Con las dos manos, se tanteó la chaqueta. Luego maldijo a voz en cuello e insultó y apostrofó a Petula con las peores expresiones que pudo encontrar, sin importarle el hecho de que fuese mujer.

Había sido Petula, no cabía la menor duda. No sólo le había quitado la billetera encontrada en el dormitorio de Conover, sino también la suya, con todos sus documentos y unos trescientos dólares en billetes.

CAPÍTULO II

—Sí, lo torturaron antes de cortarle el cuello —dijo el sargento Grant Rourke—. Y se despacharon a gusto, créeme. El forense ha contado al menos treinta y tantos pinchazos, además del corte definitivo en el cuello.

—¿Se sabe por qué lo asesinaron?

Rourke hizo un gesto negativo.

—Algo buscaban, es indudable —contestó a la pregunta de su interlocutor—. Hasta ahora, no hemos podido encontrar ninguna explicación a ese crimen. Conover seguirá dándonos quebraderos de cabeza después de muerto.

—Al menos, ya no tendréis más denuncias de perjudicados por sus «actividades» con la navaja —sonrió Harmel—. ¿Quieres otra taza de café, Grant?

—Bueno —aceptó el policía.

Harmel hizo un gesto con la mano y el camarero trajo más café. Los dos amigos encendieron sendos cigarrillos.

—Pero no entiendo... ¿Por qué te preocupas por ese crimen? —dijo Rourke de pronto.

—Grant, tú y yo solemos ver muchos días aquí, a la hora del desayuno —sonrió Harmel—. Los periódicos traen esa noticia en primera página.

—Ya. Y también hablan de la mano impresa en la pared, ¿verdad?

—Puede ser una huella importante, Grant.

—No lo creas.

—Hombre, tienes nada menos que las huellas de cinco dedos, más la palmar...

—Es una mano de plástico, Kip.

Harmel abrió la boca, atónito.

—¡Ca... ramba...!

—Como lo oyes. Alguien recortó la mano de un trozo de plástico, con cubierta protectora de la cara adhesiva, y la pegó a la pared, junto con unos trozos que simulaban goterones. Lo hicieron muy bien, porque no hemos encontrado huellas dactilares en ese plástico.

—Me siento pasmado, Grant —dijo Harmel.

—Yo diría que es la marca del asesino. Naturalmente, usó guantes y hasta envolvió sus zapatos en trapos o algo que evitó dejase huellas de pisadas.

—¿Y nadie vio nada sospechoso en la vecindad?

Rourke soltó una risita.

—Si alguien vio algo, se lo calla. La gente de ese barrio no es demasiado proclive a cooperar con nosotros —contestó.

—De todos modos, si tenéis la pista de la mano de plástico...

—Kip, en la ciudad hay decenas de colegios, en los que se hacen toda clase de trabajos escolares. En muchos de ellos, por no decir en todos, usan esos plásticos adhesivos, de todos los colores, cuando no encuentran los dibujos que desean, ya hechos en la fábrica. Con unas tijeras, le dan la forma que desean y lo adhieren a la pizarra, a la pared, a un tablero...

—Basta, no sigas. Hay cientos de personas que compran esos plásticos, ¿no?

—Hombres, niños, ancianos, mujeres, adolescentes de ambos sexos... En fin, una multitud.

—Pero por la marca de fábrica, podéis encontrar una pista, creo.

—Nos llevará tiempo, si lo conseguimos —suspiró el policía—. Bien, tengo que marcharme...

—Aguarda un instante —rogó Harmel—. Grant, ¿conoces a una fulana llamada Petula Simpson?

Rourke, parpadeó, sorprendido.

—¿La «Cobra»? —preguntó.

—Ah, tiene ese apodo...

—Es rápida como una cobra al atacar, Claro que lo es robando carteras, aunque no desdeña otra clase de botín. Pero también es hábil y nunca ha sido posible pillarla con las manos en la masa o con pruebas en su contra.

—Entonces, es verdad que es una ladrona.

—Claro, y de lo fino. Oye, ¿es que la conoces?

Harmel sonrió amargamente.

—Me costó la documentación y trescientos dólares conocerla —respondió—. ¿Dónde puedo encontrarla, Grant?

—No conozco su domicilio aunque sí puedo indicarte el lugar en donde puedes echarle el guante.

—A ver, habla.

—«*All Sports*», calle Noventa, dos mil cuatrocientos.

—¿Una tienda de deportes? —se asombró Harmel.

—Como lo oyes. —Rourke se apeó del taburete—. Si quieres, te presentaré al teniente Bright, de Robos.

—No, gracias, no conseguiría nada. Prefiero hablar directamente con la interesada.

—Entonces, te deseo suerte —se despidió el policía.

—Sí, la necesitare —masculló Harmel.

Apenas diez horas antes, había disfrutado pensando en los tres mil dólares que iba a recibir, como premio por haber recobrado la fotografía. Ahora, no sólo se le había esfumado la recompensa sino que, además, había perdido trescientos, dólares.

Rabiando interiormente, dejó unas monedas sobre el mostrador. Luego se juró a sí mismo que cuando encontrase a Petula, la agarraría por los tobillos y la sacudiría, hasta que cayesen al suelo las dos billeteras.

—Y lo liaré, por todos los diablos —gruñó, mientras accionaba el contacto del coche.

—La entrevista con el decano será larga —dijo Petula—. Si no he vuelto a la hora de cierre, ocúpese usted de cerrar la tienda, señor Ramsay.

—Sí, señorita Petula.

—También pienso visitar al director del
St. Peter & St.

Paul's College. Creo que puedo conseguir un buen pedido.

El empleado sonrió.

—Salude en mi nombre al padre O'Hara —dijo—. Yo me eduqué precisamente en ese colegio.

—Se lo diré, señor Ramsay. —Petula sonrió, a la vez que cogía la cartera de ejecutivo con una mano finamente enguantada—. Hoy voy a tener un día muy movido, pero creo que resultará altamente productivo.

—Se lo deseo muy sinceramente, señorita Petula.

—Gracias, Señor Ramsay.

Petula se encaminó hacia la puerta de la tienda. Iba discretamente vestida: chaqueta azul marino, con botones dorados, falda blanca y zapatos de medio tacón. Las gafas, de montura amplia le conferían un aspecto respetable y encantador al mismo tiempo.

El coche que usaba era un descapotable de color azul claro. Cuando arrancó, otro coche se puso en marcha inmediatamente.

A las seis de la tarde, Petula regresó a su apartamento y empezó a quitarse la ropa, mientras se llenaba la bañera. Cuando tuvo el baño listo, se metió y suspiró largamente, procurando relajarse en la espuma que la cubría hasta el cuello.

De repente, le pareció que no estaba sola. Miró hacia la puerta del baño y vio un rostro sonriente, que asomaba por una de las jambas.

—Una escena digna de la mejor película de romanos —dijo Harmel alegremente—. Parece Cleopatra, tomando su baño cotidiano...

—Salga —cortó ella secamente—. Salga o me levantaré para llamar a la policía, sin importarme que me vea desnuda. ¡Habrás visto mayor desvergüenza!

—Aunque confieso que me gustaría muchísimo verla desnuda, no creo, sin embargo, que se atreva a llamar a la policía. —Harmel agitó su propia billetera con la mano derecha—. ¿Dónde está la otra, «Cobra»?

Petula se mordió los labios.

—¿Quién le ha dicho ese apodo? —preguntó.

—Un buen amigo. La billetera, encanto, por favor.

—No la tengo...

—Entonces, el que llamará a la policía seré yo —dijo Harmel—. Encontrarán esta billetera, de la que ya se conoce extraoficialmente su desaparición y, con sus antecedentes, la meterán en la cárcel, con lo cual perderá el magnífico empleo de que disfruta en la actualidad. ¿Le conviene el trato?

—No puedo —dijo ella.

—Lo siento, Petula.

Harmel inició la retirada, pero la joven lanzó un estridente grito:

—¡Espere!

Harmel volvió a asomarse.

—¿Diga?

—Créame... no puedo darle la billetera...

—¿No está en casa? He encontrado muy pronto la mía...

—Es que...

—Mire, Petula, lo mejor será que hable con toda franqueza. Usted me robó la billetera, porque, sin duda, también la buscaba. Pero yo estoy ahora en mejor situación para quedármela, porque cometió la imprudencia de quitarme también la mía. La he encontrado y en ella aparecerán sus huellas dactilares. ¿Comprende cuál es su situación?

—Yo buscaba esa billetera, sí, pero... Por favor, no me apriete...

—Lo siento. Usted no me deja otra opción. Créame que lo lamento de veras, Petula.

—¡Es que la mujer que aparece en la fotografía es mi hermana!

Harmel levantó las cejas, sorprendido.

—¿Su... hermana...?

—Sí, maldita sea —contestó ella exasperadamente—. Se va a casar, ¿comprende?

—Me parece muy bien, pero es el caso que hay otra persona que también quiere esa fotografía. Respecto a los negativos no hay caso, puesto que están en poder del autor de la fotografía. Pero usted sabe muy bien que se pueden sacar copias de cualquier positivo y eso es lo que tratamos de evitar, precisamente.

—Mi hermana fue siempre una chica decente, hasta que perdió la cabeza...

—Por un hombre maduro, agradable y con dinero —dijo Harmel, sarcástico—. Ocurre con mucha frecuencia, por lo que no se le pueden hacer reproches. Pero ese hombre, casualmente, es mi cliente, y quiere la fotografía, que estaba en la billetera que le robó Conover a punta de navaja. ¿Está claro ahora?

—Kip, ¿qué hará si se la entrego?

—Le diré una cosa. Iré a visitar a mi cliente y se la mostraré. Inmediatamente, la quemaré delante de él, puesto que, a fin de cuentas, es lo que pretende. Dado que no hay copias ni negativos, el peligro habrá quedado eliminado automáticamente.

—No me fío —dijo Petula, recelosa.

—Tiene que fiarse. Oiga una cosa: soy absolutamente leal en mis tratos. Nunca defraudo a un cliente, se lo aseguro. Es la única forma de progresar en el oficio. De lo contrario, uno acaba muy mal y eso es algo que no me gusta nada.

—Está bien —se resignó la joven—. Salga mientras me seco...

Harmel movió la cabeza negativamente.

—No, yo tampoco me fío de usted —dijo. Entró en el baño, descolgó una toalla grande y se acercó a la bañera—. Le permito que corra las cortinas, pero nada más, preciosa.

—Es usted un hombre odioso —exclamó Petula, furiosa—. Si no fuese porque...

—Porque ha decidido dejar su carrera de ladrona, se ha regenerado y ahora es nada menos que la gerente de una importante tienda de deportes, ¿no es así?

Petula estaba ya en pie, detrás de las cortinas.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

Harmel soltó una risita.

—Hoy ha visitado a un decano de universidad, el padre O'Hara... qué sé yo cuántas visitas profesionales ha hecho. Supongo, naturalmente, que habrá conseguido grandes pedidos de artículos deportivos, ¿verdad?

—Me ha estado vigilando —dijo ella, a la vez que apartaba las cortinas de un manotazo.

—Todo el día —admitió él sin pestañear. Envuelta en la toalla, con los pies en unas zapatillas de baño, Petula caminó vivamente hasta la salita. Se acercó a una estantería, sacó un libro y lo abrió, para extraer de su interior una fotografía, que entregó al visitante.

—Aquí está —dijo a media voz.

—Dos preguntas, Petula —pidió él.

—¿Sí?

—¿Por qué no ha quemado la fotografía?

—Iba a enviársela a mi hermana. Quería que lo hiciera ella misma —respondió la chica desabridamente.

—Puedo garantizarle que esa fotografía será destruida —dijo él, muy serio—. La segunda pregunta es: ¿Qué hay de mis trescientos dólares?

—Mañana recibirá un sobre con el dinero. Necesité un poco y... Pero no se preocupe; tengo suficiente en el Banco para pagar la

deuda. Le hubiese enviado también la billetera, pero tuve mucho trabajo durante todo el día y no me fue posible. ¿Satisfecho?

—Por completo, preciosa. Créame, me agrada mucho ver a una joven que ha decidido abandonar el triste camino del crimen y la depravación, y se ha convertido en una persona honesta y trabajadora.

—No me haga un sermón —bufó ella—. Y váyase cuanto antes...

—Sí, «Cobra».

Harmel se encaminó hacia la puerta. Cuando ya iba a abrir, Petula le llamó:

—¡Kip!

El joven se volvió.

—Dígame, hermosa.

—¿Qué podía buscar el asesino de Conover? ¿Se sabe algo?

Harmel se encogió de hombros.

—Ni lo sé, ni me importa. En este mundo hay un rufián menos, eso es todo —contestó.

Petula cerró los ojos un instante.

—Aquella horrible mano escarlata...

—Era de plástico —dijo Harmel.

Y salió, antes de que la estupefacta muchacha tuviera tiempo de articular una sola palabra más.

CAPÍTULO III

El caso Conover ocupó grandes espacios en las páginas de los periódicos durante los primeros días. Luego, el interés empezó a decrecer y, al fin, quedó olvidado entre la multitud de informaciones de todo género que se acumulaban a diario. Un par de semanas más tarde, Petula divisó a un hombre parado junto a la pared de un gran edificio de oficinas, con un periódico en las manos.

Durante unos segundos, Petula vaciló, pero al fin, se acercó a Harmel.

—¿Qué, sosteniendo el edificio con la espalda?

Harmel la miró por encima del diario.

—Hola, «Cobra» —sonrió—. Trabajo, ¿sabe?

—¿De veras? Pues nadie lo diría. ¿Qué lee, anuncios de la Bolsa de Empleo?

—No. Trato de resolver el rompecabezas de la página de entretenimientos, Y usted, ¿qué hace por aquí? ¿Visitando clientes?

—Ya he terminado por hoy. De todos modos, mi puesto está en la tienda.

—¿Le gusta el empleo?

—Es agradable y está bien pagado. Además, gozo de cierta libertad, me consideran bien...

—Y, sobre todo, y aunque parezca un contrasentido, puesto que está en una tienda de deportes, no tiene que practicar su deporte favorito de antaño.

—¿Cuál, Kip?

—Correr.

—Nunca he corrido.

—¿Ni delante de los guardias?

—¡Insolente! —exclamó ella, indignada—. Había decidido ser amable con usted pero hubiera sido tanto como arrojar margaritas a

los puercos.

—Algo de eso dijo Jesús a sus discípulos —contestó él, impasible—. Por supuesto, yo soy el puerco y usted la margarita. ¿Iba a invitarme a una copa?

Petula dulcificó su gesto.

—Usted me gusta, a pesar de que en ocasiones resulta repulsivo —dijo—. Sí, iba a invitarle a una copa...

—Lo siento, otro día —cortó él rápidamente, a la vez que echaba a andar.

Petula se volvió, justo a tiempo para ver a Harmel entrar en su automóvil y arrancar detrás de otro, que lo había hecho unos segundos antes. Durante un instante, vaciló, pero, invadida por una repentina curiosidad, montó en el suyo y partió con la mayor rapidez posible detrás del joven.

—¿A quién perseguirá? —se preguntó.

Luego se dijo que debía de estar loca. Lo que pudiera hacer Harmel no era de su incumbencia. Pero, obstinada, siguió detrás del investigador.

Media hora más tarde, salieron de la ciudad. Un poco más adelante, le vio abandonar la autopista, para salir a una ruta secundaria. Cuando llevaban recorridos un par de kilómetros, vio que Harmel doblaba bruscamente a la derecha y se metía por lo que parecía un camino sin asfaltar, flanqueado a ambos lados por abundantes matorrales, que apenas si permitían la visión desde la carretera.

Petula paró a la entrada del camino, aunque sin adentrarse en él. De pronto, oyó unos ruidos raros.

Alguien se quejó. Petula escuchó claramente el sonido de un puño al chocar contra un cuerpo humano. Alguien emitió un bufido de cólera.

—¡Dale de una vez, por todos los diablos! —gritó un individuo.

—Este tipo es demasiado correoso... ¡Ay!... Bastardo asqueroso... Ahora vas a ver...

Petula corrió hacia la entrada del camino y asomó la cabeza. Harmel estaba peleándose con dos sujetos y parecía llevar la peor parte en el combate. Entonces, impulsivamente, decidió intervenir.

Buscó con la vista y encontró una piedra del tamaño de un puño. Tomó puntería, esperó el momento adecuado y lanzó el proyectil

con todas sus fuerzas.

Uno de los sujetos recibió la pedrada en los riñones y dio un salto hacia atrás, colérico y desconcertado a un tiempo. Antes de que pudiera reaccionar, otra piedra le alcanzó en el pómulo izquierdo, haciéndole caer a tierra.

Mientras, Harmel, que no era capaz de saber quién había venido en su ayuda tan inesperadamente, decidió aprovechar la ocasión y contraatacó con gran ímpetu. Unos segundos después, su adversario caía al suelo, completamente sin sentido.

Entonces, sonaron unos aplausos.

—¡Bravo, campeón! ¡Has ganado por K. O.!

Atónito, Harmel se volvió y divisó a Petula, a la que suponía a gran distancia de aquel paraje solitario.

—Pero...

La chica sonrió, a la vez que corría hacia él, con un pañuelo en la mano.

—Tienes sangre en la mejilla —dijo—. ¿Qué tal mi puntería con las piedras?

—Es fantástico —contestó él—. Nunca pude imaginarme que... Pero ¿qué diablos haces aquí?

—Oh, me dio por seguirte. Tenía curiosidad por saber cómo actúa un investigador privado.

—Pues ya lo has visto —gruñó Harmel—. Esos dos matones me tendieron una emboscada.

—¿Por qué los seguías? —preguntó Petula.

—Estoy buscando a un tipo. Ellos son amigos suyos y saben dónde se esconde, Pero ahora ya no podré dar con el sujeto —contestó el joven desanimadamente.

—¿Es importante, Kip?

—Bueno, cosa de un cliente que tiene interés en saber dónde está ese sujeto. Le debe dinero, ¿sabes?

—¿Mucho?

—Cien mil, más o menos. Si lo localizo, me dará el cinco por ciento.

—No está mal. Kip, en mi coche tengo tafetán adhesivo. Conviene tapar esa grieta —dijo Petula.

—Aguarda un momento, por favor.

Harmel se inclinó hacia uno de los caídos y le registró

minuciosamente. Luego hizo lo propio con el otro. De pronto, lanzó una exclamación.

—Ah, aquí está —dijo, a la vez que guardaba en el bolsillo una agenda de notas que había encontrado en uno de los caídos.

—¿Lo tienes ya?

—Sí. Espera.

Harmel fue al coche de los sujetos y quitó la llave de contacto, que arrojó a la mayor distancia posible. Luego se reunió con la muchacha.

—Ven, voy a curarte —sonrió ella.

Al terminar, Harmel dijo:

—Hay un restaurante a cinco kilómetros. ¿Te apetece un bocadillo?

—Con mucho gusto —aceptó Petula sin vacilar.

—De modo que cuando termines este trabajito te esperan cinco mil dólares.

—Así es —contestó Harmel, a la vez que encendía un cigarrillo.

—Te gusta el oficio, se ve.

—Me permite vivir bien. No puedo quejarme.

—Entonces, te has especializado en... recuperaciones.

—Bueno, también hago otra clase de trabajos. Por supuesto, antes de aceptar un encargo, lo estudio a fondo. Sí veo que hay ilegalidad, lo rechazo. Incluso con una mera sospecha de que se trata de un asunto turbio, ya no lo acepto.

—Recuperar esos cien mil dólares, ¿es un asunto legal? —dudó Petula.

Harmel levantó la mano.

—Un momento. Yo no he dicho que deba recuperar ese dinero; solamente, localizar al individuo que recibió esa suma como préstamo.

—Bueno, aunque eso sea como dices. ¿Es legal? —insistió ella.

—He examinado los documentos pertinentes. Son particulares, por supuesto, pero, en caso necesario, tendrían validez ante un tribunal. El tipo que se ha escondido debe, efectivamente, ese dinero.

—Si es así, como dices, ¿por qué no has telefoneado a tú cliente, diciéndole la dirección de su deudor?

Harmel hizo un gesto de resignación.

—He encontrado esa dirección en la agenda, pero debo comprobarlo personalmente. Tengo la seguridad de haber acertado, pero ¿y si me equivoco? En tal caso, no cobraría la recompensa ofrecida, ¿entiendes?

—Ahora ya está completamente claro —contestó la muchacha. De pronto, se puso seria—. Kip, creo, que ahí vuelven esos tipos.

Harmel volvió la cabeza. Un coche llegaba en aquel momento a la explanada de estacionamiento del restaurante.

—Habrán hecho un puente —masculló, a la vez que dejaba unos billetes sobre el mostrador—. Petula, encanto, tenemos que largarnos por la puerta trasera.

—Sí, Kip.

Salieron con paso rápido y dieron la vuelta al edificio. Los dos sujetos penetraban entonces en el restaurante.

—Petula, arranca —ordenó el joven—. Yo te alcanzaré.

Ella obedeció sin rechistar. Harmel se acercó al coche de los dos sujetos, metió la mano en el interior y tiró con fuerza de los cables de contacto. Volverían a empalmarlos, pero les llevaría tiempo, se dijo, mientras regresaba a su automóvil.

A los pocos momentos, avistó el coche de Petula. Un minuto más tarde, Harmel notó cierto petardeo extraño en el motor de su automóvil.

Consultó el tablero de mandos y lanzó una maldición. Inmediatamente, tocó la bocina con insistencia, a la vez que se desviaba fuera de la carretela. Petula observó la maniobra por el retrovisor y accionó el freno.

Cuando se detuvo, vio a Harmel que corría hacia ella.

—Me he quedado sin gasolina y no puedo perder tiempo llamando a la estación de servicio —dijo él—. ¿Quieres llevarme?

Petula sonrió.

—¿Qué clase de detective eres que no has sabido prevenir una cosa semejante?

—He estado siguiendo a esos dos tipos durante todo el día —refunfuñó Harmel mientras se sentaba junto a la muchacha—. Aunque no lo creas, el bocadillo que he tomado es lo primero que como después del desayuno.

—Ha sido un día duro, ¿eh?

Petula miró por el retrovisor lateral y viendo que el camino

estaba despejado, pisó el acelerador.

—¿Hacia dónde, Kip? —consultó.

—Oaks Road, dos mil ciento treinta —respondió él.

—Oh, un barrio muy elegante —comentó la muchacha—. Apropiado, sin duda, para tipos que se permiten el lujo de deber cien mil dólares.

—Claro, porque no pagan su deuda —gruñó Harmel—. Así, cualquiera, ¿eh?

Petula calló. Ciertamente, Harmel tenía razón. Cuando no se pensaba pagar, pedir prestado dinero era, fácil.

Era de noche cuando la joven detuvo su automóvil en el lugar indicado.

—Aquí es —dijo.

Harmel saltó del coche.

—Aguárdame —pidió.

—Iré contigo —exclamó ella.

—No digas tonterías...

—Puedes necesitar un testigo, tonto.

—Esto podría ponerte en un compromiso —alegó Harmel.

—¿Piensas matar al deudor?

—Mujer, tienes unas cosas...

Harmel echó a andar por el sendero que atravesaba el jardín que había ante la casa. Llegó a la puerta y apretó la tecla de llamada.

—No está —dijo Petula momentos después.

—Hay luz —contestó él.

Insistió sin darse cuenta de que Petula se separaba de la puerta, para acercarse a una de las ventanas, cuyas cortinas no habían sido corridas del todo. De pronto, oyó un sordo grito.

—Kip...

Harmel corrió hacia la muchacha. Miró a través de la ventana y divisó a un hombre, sentado en un butacón de orejeras, con la cabeza doblada sobre el pecho. En su camisa había una gran mancha roja.

Detrás del cadáver, en la pared, se veía una mano de color escarlata.

—Otra vez la mano roja —exclamó Petula.

Harmel la agarró por un brazo.

—Vámonos de aquí —dijo perentoriamente.

—Habrá que avisar a la policía...

—Sí, pero desde otro sitio.

Petula le entregó las llaves del coche.

—Toma, Kip; yo no me encuentro en condiciones —dijo.

—Sí, será lo mejor —convino él.

—Has perdido tus cinco mil dólares —dijo la chica momentos más tarde.

—No lo creas. El muerto era, efectivamente, el hombre al que buscaba —respondió Harmel.

—Me pregunto si tenía alguna relación Con Milt Conover. ¿Qué opinas, Kip?

—Deja eso para la policía; no es asunto nuestro.

CAPÍTULO IV

Harmel se sentó en un taburete y alargó el periódico que tenía en la mano hacia el hombre sentado a su lado. El sargento Rourke lo rechazó de mala gana.

—Ya lo he leído —dijo.

—Segundo crimen de la mano escarlata —sonrió Harmel.

—Sí. Y la huella es idéntica, a la anterior.

—Grant, ¿tenían algo en común Conover y Witts?

Rourke hizo una mueca.

—Es lo que estamos investigando. Conover era un hampón de baja estofa, aunque con un genio pésimo. Witts en cambio, era un tipo que se dedicaba a los negocios.

—¿Lícitos?

—De todo había en su viña, Kip.

—Que no era, precisamente, la viña del Señor —sonrió Harmel —. A éste no le torturaron, Grant.

—Quizá cedió a las primeras de cambio. ¿Quién lo sabe?

—¿Quién lo va a saber, si no es la policía?

Rourke giró en su asiento y miró de hito en hito a Harmel.

—Kip, ¿qué diablos te interesa a ti ese caso? —preguntó.

—Dispensa, sólo era curiosidad —contestó el joven evasivamente.

Los ojos de Rourke se entornaron.

—Se descubrió el crimen merced a una llamada anónima. Casualmente, estaba la misma operadora que recibió la llamada en que se informaba de la muerte de Conover. Dice que ambas las hizo el mismo individuo.

—Pudo ser el asesino, ¿no crees?

—Kip, tú andabas buscando a Randy Witts. Me lo dijiste, así que no hay por qué negar la evidencia. Pero también buscabas a Conover. ¿Puedo establecer alguna relación entre los dos hechos y

tu interés por esas víctimas?

Harmel se puso las manos en el pecho.

—Soy inocente —protestó, enfático.

—De eso sí estoy seguro —dijo Rourke—. Pero, cuando la próxima vez encuentres otra mano escarlata, avisa inmediatamente, en lugar de largarte a cinco millas de distancia, para encontrar una cabina telefónica, ¿entiendes?

—Espero que la epidemia de manos escarlatas acabe con la de ayer —dijo Harmel, virtuosamente.

—Yo también lo espero, aunque creo que la cosa no ha hecho más que empezar —gruñó el sargento.

—¿De veras lo crees así?

Rourke se apeó del taburete.

—Adiós, Kip.

Harmel terminó su desayuno, pagó y salió a la calle. De repente, vio que dos individuos se situaban a ambos lados.

—Tenemos un coche para usted, señor Harmel —dijo uno de los tipos.

Harmel los miró alternativamente y sonrió.

—¿Cartney?

—Sí.

—Supongo que tiene muchas ganas de verme —dijo el joven—. Bien, vamos allá, chicos.

Había un tercer individuo al volante del coche, el cual hizo arrancar de inmediato, apenas estuvo ocupado el asiento posterior por los tres pasajeros. Harmel metió la mano en su chaqueta, sacó tabaco y encendió un cigarrillo placenteramente. Se figuraba de sobras lo que iba a suceder.

Penton Cartney alargó la mano, mientras miraba fijamente al hombre que estaba situado frente a él.

—Devuélvame el cheque —exigió.

Harmel contempló al sujeto con tranquilidad. Era un tipo membrudo, con grandes entradas en la frente y ojos pequeños, pero duros e inflexibles. Vestía con elegancia; su sastre sabía cortar bien los trajes, que disimulaban hábilmente el exceso de la silueta.

—No —contestó el joven sin inmutarse.

—Harmel, no me haga perder la paciencia... Anoche, a las once, le firmé un cheque por cinco mil dólares. A esa hora, Witts estaba

ya muerto. Yo no voy a recuperar los cien mil que le presté, pero, al menos, no perderé los cinco mil que le di estúpidamente.

—Señor Cartney, usted y yo acordamos un trato. Yo debía encontrar a Witts, por cuyo trabajo usted me pagaría cinco mil dólares. No me dijo que le exigiera el pago de esa deuda ni habló para nada de hallarlo vivo o muerto. Simplemente, lo encontré, comprobé que era él, de acuerdo con la fotografía que usted me enseñó, y vine a comunicárselo personalmente. Eso es todo, me parece.

—Al menos, pudo decirme que estaba muerto —gruñó Cartney.

—¿Me habría pagado en tal caso?

—Harmel, no me haga perder la paciencia. Aún no ha llevado el cheque al Banco. Apenas salió de casa esta mañana, fue a la cafetería donde suele desayunar. Mis... muchachos, siguiendo instrucciones mías, le pidieron que viniera a verme. Por tanto, tiene aún el cheque, Por favor, devuélvame.

Harmel se pellizcó el labio inferior.

—Señor Cartney, ¿puedo hacerle una pregunta? —solicitó.

—Desde luego.

—Usted es un personaje de cierta categoría. Tiene empleados... llamémosles así, que pudieron haber realizado la tarea que me encomendó. ¿Por qué me hizo buscar a Witts, en lugar de encomendar el trabajo a... sus empleados?

—Creo que eso no es de su incumbencia —dijo Cartney, heladamente.

—Quizá no, pero creo que no le convenía que se supiera que andaba buscando a Witts. Se habría divulgado, si sus chicos hubiesen empezado a hacer preguntas por ahí. En cambio, yo podía realizar el trabajo perfectamente, porque nadie sabría que actuaba por orden suya. ¿Me equivoco?

—No le contestaré, Harmel. Sólo quiero el cheque.

—Hicimos un trato. Encontré a Witts. Ese dinero me pertenece. Cartney sonrió.

—Muy bien, usted lo ha querido —dijo—. ¿Lew?

De pronto, Harmel sintió un dolor lancinante en la nuca y cayó de rodillas. Dos robustas manos agarraron su brazo derecho y se lo retorcieron a la espalda.

—El cheque, Harmel —insistió Cartney.

—Está bien, maldita sea —gruñó el joven—. Lo tengo en mi billetera...

Una mano le registró ávidamente. El cheque fue a parar poco después sobre la mesa. Cartney comprobó su autenticidad y luego lo rompió en mil pedazos.

Sonrió satisfecho.

—De todas formas, no quiero que se vaya de vacío —dijo.

Y tiró un sobre al aire. Harmel lo atrapó con la mano izquierda.

—Y ahora, lárguese —añadió Cartney hostilmente, aunque sin dejar de sonreír.

Harmel le miró un instante en silencio. Luego examinó el interior del sobre. Había cinco billetes de cien dólares. «Hijo de puta, la décima parte de lo convenido», pensó.

De pronto, con exquisita sonrisa, dijo:

—¿Me permite usar el teléfono? Es sólo un segundo... —Y antes de que el sorprendido Cartney pudiera ponerle alguna objeción, levantó el aparato, marcó un número y, cuando hubo obtenido la comunicación, exclamó—: ¿Eres tú, Grant? Soy Harmel. Escucha, creo que tengo algo interesante para ti. Investiga a Penton Cartney. Vive en Hannister Drive, seis mil trescientos quince. Creo que tiene algo que ver con el asesinato de Randy Witts. Por lo menos, algo sabe. De nada, hombre, ¿para qué están los amigos? Hasta la vista, Grant.

Dejó el teléfono sobre la horquilla y volvió a mirar al sorprendido Cartney.

—Es mi amigo. Se llama Grant Rourke y es sargento de Homicidios —agregó. Luego se llevó un dedo a la sien desenvueltamente—. Hasta la vista, amigo.

Cuando llegó a la puerta, Cartney no había despegado aún los labios, paralizado por él asombro que le había producido la reacción del joven. Desde el umbral, Harmel sonrió.

—Me gusta pagar los favores que me hacen —se despidió finalmente.

Al cerrar, oyó un bramido de cólera. Precavido, se echó a un lado.

La puerta se abrió casi en el acto, violentamente. Un hombre salió a todo correr.

Harmel alargó el pie derecho. El sujeto que salía, tropezó y cayó

cuán largo era. El que le seguía se detuvo un instante, vacilando, perdida la iniciativa. Harmel alargó la mano y le machacó la nariz de un seco golpe.

Sé oyó un rugido. Él matón retrocedió tambaleándose. Su compañero empezaba a levantarse, aturdido, sin comprender muy bien lo que había sucedido. Harmel lo agarró por el cuello de la chaqueta y el fondillo de los pantalones y, después de un rápido giro, lo arrojó con toda su fuerza contra el otro guardaespaldas, haciendo que la cabeza chocase con el estómago de su compinche. Los dos hombres cayeron rodando en un confuso montón, dentro del despacho.

Harmel se asomó y agitó la mano.

—¡Uhuuu! —se burló.

Cerró la puerta y se encaminó hacia la salida con paso muy vivo. Cuanto antes se marchase de aquella casa, pensó, mejor para él.

Hannister Drive era un barrio residencial, separado de la ciudad por una hilera de colinas con muy poca vegetación. Al salir de Hannister Drive era preciso ascender unos centenares de metros por la carretera que serpenteaba entre las colinas, con profundos barrancos en uno de sus lados. A un par de kilómetros, se alcanzaba el punto máximo y desde allí se divisaba la ciudad, a poco más de tres kilómetros. Cuando iniciaba el descenso, Harmel creyó ver que le seguían.

No podía perder mucho tiempo en el retrovisor, porque la carretera merecía toda su atención, debido a sus numerosas curvas. Pero casi de repente, el coche sospechoso inició el adelantamiento.

Harmel moderó un poco la velocidad. De pronto, el otro coche se le echo encima.

Las dos aletas delanteras se rozaron, con estridente chirrido de metal. Harmel, sobresaltado, volvió la cabeza un instante. Le pareció conocer al conductor. ¿No había estado peleándose con él un día antes? se preguntó.

El otro repitió la maniobra. Antes de que se produjera el contacto, Harmel pisó el acelerador a fondo y su coche respondió como el caballo al espolazo de su jinete. El otro automóvil, sorprendido su conductor, estuvo a punto de salirse de la carretera, aunque, en el último instante el hombre consiguió rectificar la maniobra, en medio de una nube de polvo.

Harmel maldijo en silencio. Las intenciones del sujeto estaban ya meridianamente claras. Quería arrojarle fuera de la carretera. En algunos lugares, había más de doscientos metros de distancia hasta el fondo del barranco.

Aumentó un poco la velocidad del coche, tomando las curvas en ocasiones casi con dos ruedas. Pero era evidente que se trataba de una situación que no podía prolongarse por mucho tiempo.

Un poco más adelante, entró en un tramo recto de unos trescientos metros. Miró un instante hacia abajo. La profundidad del barranco le hizo sentir escalofríos.

Y, en aquel momento, percibió lo que le parecía el rugido de un animal antediluviano.

Un fugaz vistazo por el espejo le hizo apreciar que el otro coche se le arrojaba encima, como si su piloto hubiera enloquecido. En el mismo instante, Harmel tomó una decisión.

Su pie se clavó en el freno. El automóvil coleó violentamente, amenazando con salirse fuera de la carretera. Nubes de polvo subieron a lo alto, a la vez que se percibían estremecedores chillidos de los frenos. Casi simultáneamente, el otro coche pasó por delante, oblicuamente, sin que su conductor pudiera rectificar ya la maniobra.

Se había lanzado con toda la potencia de su motor, para golpearle en el guardabarros delantero y lanzarle al vacío. Fallado el golpe, su coche no encontró el blanco deseado y, por la inercia, siguió adelante.

Harmel estaba muy ocupado en dominar a su automóvil, cosa que estaba ya a punto de conseguir. Entonces, vio que el otro coche, cuyo conductor no había tenido tiempo de frenar, saltaba fuera de la carretera.

Primero voló unos cuantos metros, lanzado por su propia velocidad. Luego cayó, con las cuatro ruedas, sobre la pronunciada pendiente, rebotando espantosamente un par de veces, para seguir una enloquecida carrera hacia abajo. Súbitamente, chocó con una roca saliente y empezó a voltear, completamente despegado del suelo.

El techo se separó de la carrocería. Una figura humana voló por los aires, agitando desesperadamente brazos y piernas, Harmel se preguntó si aquellos gestos eran hechos conscientemente o se

debían a movimientos ya puramente mecánicos, sin relación alguna con la voluntad de su autor.

El hombre cayó sobre la ladera y fue arrollado por el coche que seguía su espantosa caída. Harmel consiguió parar el automóvil y saltó fuera.

Desde el borde del camino, contempló el final de la escena. A mitad de ladera, vio un informe bulto enrojecido. Un poco más abajo, se divisaba el coche que seguía su descenso, dejándose trozos de la estructura por el camino. Al fin, se detuvo en un trozo más llano y volvió el silencio.

CAPÍTULO V

El sargento Rourke trajo una taza de café en una mano y una tarjeta en la otra.

—Se llamaba Zack Bates —dijo—. Sin profesión conocida, un montón de arrestos por diversas causas, incluyendo un par de robos con armas, pero, a lo que parece, en estos momentos, «independiente».

Harmel aceptó el café y tomó unos sorbos.

—No creo en la «independencia» de Bates —manifestó—. El otro día, ya intentó zurrarme, en compañía de otro sujeto de su calaña. Hoy quiso matarme, arrojándome por el barranco.

—La Policía de Carreteras informa que fue un accidente, Kip.

—Realmente, así fue, porque en lugar de continuar huyendo de él, frené de golpe, un segundo antes de que intentara el golpe definitivo. Como su coche no encontró el obstáculo inesperado y se había lanzado a toda velocidad, cuando quiso frenar era ya tarde. Pero me había golpeado ya una vez; puedes comprobarlo en el guardabarros de mi coche.

—Te creo —dijo el sargento—. Averiguaremos quién era el «cliente» de Bates, te lo prometo. Y ahora, por favor, cuéntame cosas de Cartney.

Harmel emitió un bufido. Aquella mañana, había salido de casa con cinco mil dólares en el bolsillo. Ahora tenía sólo quinientos y, además, había estado a punto de morir.

Habló. No sentía ninguna simpatía hacia Cartney.

«Que se fastidie», pensó. Al terminar, Rourke hizo un gesto con la cabeza.

—Lo investigaremos —aseguró—. ¿Quieres que un coche nuestro te lleve a casa?

—No, gracias, ya me siento mejor. Grant, ¿por qué diablos un asesino deja esa especie de burla que es la mano de plástico de

color rojo, como firma de su crimen?

—Estamos investigando —contestó Rourke sobriamente.

—Muy bien, no quiero molestarte más. Gracias por todo, repito.

—Ten cuidado, Kip —aconsejó el sargento.

Harmel abandonó la jefatura. Sentíase muy aliviado, pero su desconcierto continuaba. ¿Qué había detrás de aquellos asesinatos, «firmados» con una mano de color escarlata?

Al llegar a su casa, desembarcó del coche y sacó las llaves. Entonces se le acercó un hombre.

Tenía alrededor de sesenta años, el pelo canoso y vestía desastrosamente. Parecía un individuo completamente derrotado por la vida.

—¿Puede darme un dólar para tomar un bocadillo y una taza de café, señor? —solicitó humildemente.

Harmel miró un instante al mendigo. «Quieres ese dólar para gastártelo en *whisky*», pensó. Pero luego se dijo que no era él quien podía juzgar a ciertas personas y a determinadas acciones.

Tal vez el hombre era sincero, sonrió, a la vez, que metía la mano en el bolsillo.

—Claro, amigo —dijo—. Ahí tiene.

Le entregó dos billetes de dólar y el mendigo sonrió también.

—Gracias, señor. Es usted muy bueno y voy a pagarle, su caritativa acción. Vaya a ver a Lily Forbes, en el «Red Tokio». Quizá pueda decirle algo sobre la mano escarlata.

Harmel se quedó atónito. Cuando quiso reaccionar, el mendigo había desaparecido de su vista.

—Pero ¿qué diablos...?

¿Le conocía aquel sujeto? ¿Debía seguir su consejo?

Completamente desconcertado, entró en su casa. Lo mejor era darse un baño, decidió. Mientras se relajaba, tomaría una decisión.

Estaba con los ojos entrecerrados, cuando, de repente, le pareció oír una risita.

Miró hacia la puerta. Petula estaba allí, sonriente, muy divertida al parecer.

—Los papeles se han cambiado —dijo la chica.

—Eso parece —contestó él—. ¿Cómo has entrado, preciosa?

—Por la puerta, claro. Eres muy descuidado, Kip.

—Lo siento. Estaba preocupado, que no es lo mismo.

—¿Problemas graves?

—Han estado a punto de matarme.

Petula silbó.

—Eso que dices es muy fuerte —observó.

—Pero es la pura verdad. ¿Recuerdas los dos tipos con quienes me peleé en aquel camino?

—Sí.

—Fue uno de ellos. Quiso arrojarme por un barranco.

—Y no lo consiguió.

—Estoy aquí, me parece.

—¿Suerte o habilidad?

—Ambas cosas.

—¿Por qué quiso matarte, Kip?

—Tendré que preguntárselo al otro. Por cierto, ¿a qué has venido?

Petula vaciló un poco.

—Tengo que pedirte un favor, pero no sé si querrás...

—Si no me lo dices, no sabré qué contestarte —le dijo él.

Ella aparecía visiblemente turbada. Respiraba de un modo irregular. Sus senos, jóvenes, rotundos, se marcaban tensamente bajo la blusa.

—No me gusta lo que tengo que hacer, pero no me queda otro remedio —dijo, con los ojos bajos.

—Vamos, mujer, suéltalo de una vez —pidió él—. Sabes que soy hombre de toda confianza. Mi lema es la discreción sobre todo.

De pronto, Petula extendió la mano.

—Sí, eso es —exclamó vivamente—. Kip, te contrato. ¿Cuánto cobras?

—Doscientos cincuenta más gastos —respondió Harmel—. Pero antes de seguir hablando, ¿por qué no vas a la cocina y preparas algo de café?

—Es una buena idea —sonrió la chica.

Harmel salió de la bañera, se secó rápidamente y se puso una bata de felpa. Luego acudió a la cocina. Petula le tendió una taza humeante.

—Lo que tengo que pedirte no te gustará, pero necesito que me ayudes, Kip —dijo.

—¿De qué se trata?

—Tengo que abrir una caja fuerte.

Harmel buscó el azucarero y puso un terrón en su taza.

—Sigue —pidió.

—Necesito que alguien vigile, mientras yo... encuentro la combinación —declaró la chica.

—¿Sabes abrir una caja fuerte en esas condiciones? Petula asintió varias veces con la cabeza.

—No quería hacerlo... pero las circunstancias me obligan, Kip —manifestó.

—¿Cuáles son esas circunstancias?

Ella le miró de frente. Sus ojos eran hermosos, llenos de atractivo. En aquellos momentos, tenían una expresión suplicante que él no podía ignorar en absoluto.

—Había dejado el... «oficio». No quería volver a ser una ladrona. Encontré ese empleo. Me va bien. Estoy muy considerada. Gano un sueldo excelente y obtengo buenas comisiones. En sólo un año, he revitalizado la tienda como no te puedes imaginar. El dueño, incluso quiere darme una participación en el negocio, conque imagínate...

—Sí, es una excelente perspectiva —convino él—. ¿Qué más?

—En esa caja fuerte hay pruebas que pueden enviarme a la cárcel por media docena de años. No es demasiado, si se mira bien, pero significaría mi ruina para siempre. Me han amenazado con enviar esas pruebas a la policía, si no accedo a...

—Si no accedes, ¿a qué?

Petula soltó una risita nerviosa.

—Tengo que robar otra caja fuerte —contestó—. ¿No es gracioso, Kip?

—Depende de los puntos de vista. ¿Qué hay en la segunda caja fuerte?

—Dinero. Un millón.

—Me toca el turno de silbar —dijo él—. ¿Seguro, Petula?

Ella se encogió de hombros.

—Eso me han dicho —murmuró.

—¿Quién?

—Penton Cartney.

—¡Cartney! —explotó el joven.

—Sí. ¿Lo conoces?

Harmel hizo un ademán.

—Continúa —solicitó.

—Eso es todo. Ya no hay más que decir, Kip.

—Te equivocas, muñeca.

—Kip, no sé...

—¿En qué consisten esas pruebas?

Petula enrojeció.

—Una fotografía —contestó—. Aparentemente, no tiene importancia, pero la policía puede relacionarla con un robo de joyas ocurrido hace año y medio. Sí, yo robé aquellas joyas, lo admito... pero lo hice por despecho. Sin embargo, ignoraba que la caja fuerte donde estaban, disponía de una cámara automática, que funciona con infrarrojos. El dueño de las joyas me pidió que se las devolviese, amenazándome con enviar la fotografía a la policía. Lo hice así, me devolvió la fotografía a cambio de las joyas... y ahora resulta que la tiene Cartney.

—¿Quién era el dueño de las joyas? —preguntó Harmel.

—Frank Robinson. No sé si le conocías...

—No, no lo conozco.

—Murió asesinado un mes después.

—¿Se sabe quién lo mató?

—No, Kip.

Harmel reflexionó un momento. De pronto, sonrió.

—Así, pues, esa fotografía está en poder de Cartney —dijo.

—Exactamente.

—Será divertido, Petula.

Los ojos de la chica brillaron.

—Entonces, ¿vendrás conmigo?

—Claro, encanto.

Impulsivamente, Petula agarró al joven por la bata y se puso de puntillas para besarle.

—Voy a decirte una cosa, Kip.

—Sí, preciosa.

—Es mi último... «trabajo».

—Lo celebro.

—Te lo juro. —Petula levantó la mano derecha—. No volveré a hacerlo jamás.

—Así lo espero —dijo Harmel—. ¿Cuándo?

—Me gustaría hoy...

—Imposible.

—Kip, tengo muy poco tiempo de plazo —rogó la chica.

—¿Cuánto?

—Setenta y dos horas más.

—Entonces, mañana por la noche. Hoy me es absolutamente imposible.

Ella hizo, un gesto de resignación.

—Está bien, mañana. ¿Vendrás a buscarme a casa?

—Te lo prometo. ¿Hora?

—Diez de la noche.

—Seré puntual.

Petula recogió su bolso y se encaminó hacia la puerta.

—Kip, eres un encanto de hombre —dijo.

—No digas algo sobre lo que todavía no puedes opinar —contestó Harmel maliciosamente.

Ella enrojeció.

—Quizá, un día... Adiós, Kip.

—Adiós, Petula.

Al quedarse solo, Harmel tomó una segunda taza de café. Se preguntó si Petula había sido sincera o trataba de envolverle en un asunto comprometido, en el que él podía ser una especie de seguro. Pero valía la pena averiguarlo; era una experiencia que podía resultar muy interesante.

Luego dejó aquel asunto a un lado y empezó a concentrarse en Lily Forbes. ¿Qué podía saber aquella mujer sobre el caso de la mano escarlata?

Y sobre todo, ¿quién era el mendigo?

Aquella misma noche, se dijo finalmente, podía tener respuestas para las dos preguntas.

CAPÍTULO VI

Como cantante, Lily Forbes era más bien vulgar, pero tenía una malicia que encantaba al público y, además, era realmente hermosa. La cara le pareció conocida a Harmel, mientras presenciaba la actuación de Lily, aunque el enorme penacho de plumas que llevaba a la cabeza, el maquillaje adecuado y el vestido, muy aparatoso, pero que apenas cubría lo más indispensable le hacían sentirse desconcertado y no estaba seguro por completo de haberla visto anteriormente.

Lily terminó su número y abandonó el escenario en medio de una nube de aplausos. Harmel decidió esperar; Lily tenía que cantar de nuevo y prefería hablar con ella cuando hubiese terminado su actuación.

Al cabo de unos minutos, se le acercó un camarero.

—¿Señor Harmel?

—Sí...

—Me han entregado esto para usted.

Harmel dio una propina al camarero y tomó la cuartilla doblada que le había llevado en una bandeja. Desdobló el papel y leyó:

«Te he reconocido, bribón. ¿Cómo es posible que me hayas tenido tan descuidada tanto tiempo? Ve al edificio de Honeyland Apartments. Cuando llegues, el conserje te entregará la llave del

19 C. L. F.

».

«De modo que la conozco», pensó Harmel. Efectivamente, el conserje debía de haber recibido instrucciones por teléfono, porque cuando llegó y anunció su nombre, le entregó la llave sin más.

El apartamento era grande, lujoso. Harmel se quitó la chaqueta

y buscó el bar. Con un vaso en una mano y un cigarrillo en la otra, se sentó en un diván de espectacular color carmesí. En la pared de enfrente había un estremecedor cuadro, de estilo netamente futurista... Lily sabía vivir bien, se dijo.

La puerta del apartamento se abrió un par de horas más tarde. Harmel se había dormido, pero despertó en el acto y se puso en pie.

La cantante entró, con las manos tendidas hacia él. Harmel observó que tenía la cara limpia de maquillaje. El vestido era muy sencillo, pero elegante y, sobre todo, hacía resaltar adecuadamente las espléndidas curvas de un cuerpo con numerosos atractivos.

—¿Me reconoces ahora? —preguntó ella.

—Creo que... Sí, claro... ¡Mary Jones! La Universidad, clases de Derecho... No puedo creerlo —dijo Harmel, desconcertado—. Conseguiste el título...

—Y me moría de hambre. Se ve que Dios no me había llamado por el camino de las leyes.

—Bueno, todos no pueden... Pero ¿cómo se te ocurrió dedicarte a cantante?

—Intervenía siempre en todas las fiestas, ¿recuerdas? Solía tener bastante éxito, de modo que cuando me vi en peligro de perecer por inanición, refresqué mis conocimientos de música, acudí a una academia de canto y... Oye, ¿por qué no me preparas algo de beber?

—Dispensa, no me había dado cuenta. Estoy aturdido, ¿sabes? Nunca me imaginé que... Esto es fantástico, Mary. ¿O debo llamarte Lily?

Ella se había sentado en el diván, con las piernas bajo el cuerpo.

—Ya me he acostumbrado a Lily —respondió.

—De acuerdo. Oye, tu número me ha gustado mucho. Pero, dime, ¿no tienes más ambiciones? El «Red Tokio» es elegante, aunque yo creo que podrías actuar en otro sitio aún mejor.

Lily tomó el vaso que él le ofrecía.

—Voy a decirte una cosa —manifestó—. Ya tengo el contrato firmado para una película del Oeste, que hará una gran productora. Yo seré la cantante del *saloon* y un famoso compositor ha compuesto tres canciones maravillosas. Además, actuaré y... ¿Te digo quién va a ser el protagonista?

—Un tipo taquillero, seguro.

Lily citó un nombre. Harmel silbó.

—Antes de seis meses, tu nombre correrá de boca en boca —vaticinó—. Y me alegro sinceramente, Lily; creo que te lo mereces.

Ella sonrió, halagada.

—Gracias, Kip. Pero ven, siéntate a mi lado y charlaremos... ¿Te sorprendió mi nota?

—Me agradó.

—Yo me puse muy contenta al verte. Hacía tanto tiempo que no sabía de ti... ¿Qué haces, Kip?

Harmel dudó un momento. Aún era pronto, se dijo.

—Trabajo —contestó, evasivo.

—¿Soltero?

—Soltero. ¿Y tú?

—Un divorcio.

—¿Compromisos actuales?

Lily volvió la cabeza y le miró largamente.

—Ninguno —contestó.

Harmel alargó los brazos y la atrajo hacia sí.

—Eres terriblemente hermosa —murmuró.

—Kip, cuidado...

Harmel bajó uno de los tirantes del vestido y comprobó agradablemente sorprendido, que Lily no necesitaba sostén. Se inclinó y apesó con los labios el rosado pezón que había dejado al descubierto.

Ella se estremeció.

—Eres directo —murmuró ardorosamente.

—Sí —contestó él.

Bajó el otro tirante. Sus manos encerraron las dos perfectas semiesferas de carne tibia y perfumada.

—Lily...

—Dime, querido...

—Adivínalo.

Ella soltó una risita.

—Sí, Kip.

Estaban tendidos en la cama, fumando sendos cigarrillos. Lily arrojó una bocanada de humo hacia el techo.

—Kip, ¿cómo se te ocurrió ir al «Red Tokio»? —preguntó inesperadamente.

—Me lo dijo un hombre.

—¿Quién?

—Un mendigo. Me pidió un dólar para comer, se lo di y entonces fue cuando me dio el consejo.

Lily se sentó de golpe en la cama y sus senos oscilaron pesadamente unas cuantas veces.

—Has dicho un mendigo —exclamó.

—Sí. ¿Lo conoces?

—Él —murmuró la cantante—. Tiene que ser él, no puede ser otro.

Harmel estaba muy sorprendido.

—Pero ¿quién es ese hombre? —exclamó.

—Déjale, no te preocupes.

—¿Te preocupas tú?

—Un poco, no demasiado.

—Lily, por favor, dime su nombre, su dirección y qué hace. Tengo la impresión de que no es un mendigo, que se trata simplemente de un disfraz, aunque no entiendo los motivos.

—Se llama Reg Snyder. Lo creas o no, fue, podría decirse, mi único cliente, hace seis años. Perdí el pleito.

—¿Y...?

—Bueno, nos hicimos muy amigos, a pesar de todo: Luego supo rehacerse. Tenía un negocio y quebró.

—Vaya —dijo Harmel—. ¿Sabes dónde vive?

—No, aunque puedes encontrar su nombre en la guía telefónica. El hombre completo es Reginal Westbury Snyder. Pero ¿por qué te interesa tanto ese hombre?

—La mano escarlata, Lily.

Ella se mordió los labios, muy preocupada, le pareció a Harmel.

—He leído el caso en los periódicos —dijo—. Pero no sé quién es el criminal.

—Snyder dijo...

—Pudo decirte lo que quiso, pero no sé nada —contestó Lily con repentina violencia.

—Lo siento, no quise enojarte —se disculpó Harmel. Dejó el cigarrillo a un lado y la abrazó con fuerza, haciéndola caer sobre su cuerpo—. Olvidemos esto, ¿quieres?

Su lengua asomó y buscó la de Lily. Ella emitió un fuerte

suspiro. Las manos del joven acariciaron los hermosos pechos colgantes sobre el suyo. Luego, la derecha resbaló a lo largo de la cálida espalda femenina. Lily se retorció como una posesa y mordió la oreja izquierda de Harmel. El espasmo les alcanzó a ambos simultáneamente, después de lo cual, rodaron por el lecho, momentáneamente agotados por el placer.

A poco, Harmel se sintió invadido por una dulce languidez. A su lado, Lily respiraba rítmicamente.

Ella, sin duda, sabía algo sobre la mano escarlata. Pero ¿qué era?

Tenía que ser paciente y acabaría por saberlo, se dijo, un instante antes de sumirse en un profundo y reparador sueño.

Despertó, sintiéndose muy relajado. Tanteó con la mano derecha. El sitio de Lily estaba vacío. Debía de haber ido al baño, pensó.

Al cabo de unos momentos, se puso en pie. Completamente desnudo, se encaminó al baño. Hizo unas ligeras abluciones, se secó y regresó al dormitorio.

Lily no había vuelto aún. Debía de estar en la cocina, calculó, aunque le extrañó no percibir olor a café. Claro que el apartamento era grande y la puerta del dormitorio estaba cerrada.

Empezó a vestirse sin prisas. Al terminar, salió del dormitorio. Sí, olía a café. De pronto, percibió el ruido inconfundible del agua al salirse hirviendo de la cafetera. Sin duda, Lily se había descuidado.

Corrió hacia la cocina. Al llegar a la puerta, se detuvo en seco, como herido por el rayo.

La mano roja estaba adherida a la puerta de uno de los armarios elevados. Lily yacía en el suelo, vestida con una bata y con una fina cuerda en torno a su cuello.

Harmel volvió la cabeza a un lado. El espectáculo resultaba horripilante. No quería contemplar aquel rostro, tan hermoso horas antes y ahora espantosamente deformado por una horrenda agonía.

El asesino debía de haber actuado con gran sigilo. Él no había oído el menor sonido. Por otra parte, no había señales de lucha. Lily debía de haber sido sorprendida totalmente, sin tener tiempo de gritar ni de defenderse de un repentino y mortal ataque.

Entonces, pensó que debía conocer al asesino. Pero había

confiado en él, porque no supo presumir sus intenciones. Salvo la cafetera, que había quedado al fuego, todo lo demás estaba en completo orden.

Inspiró con fuerza un par de veces. Luego, venciendo su repugnancia, se arrodilló junto a la muerta y pasó la mano derecha bajo la nuca. Sí, allí se notaba una ligera protuberancia, que decía bien a las claras lo sucedido.

Lily había sido sorprendida totalmente por el golpe que la había privado de conocimiento en el acto. Luego, el asesino, con toda tranquilidad, había pasado el cordón en torno al cuello y...

Lentamente, se puso en pie. Sólo podía hacer una cosa. Cualquier otra solución resultaría infinitamente más perjudicial. Ahora no podía marcharse de la casa y avisar a la policía desde una lejana cabina telefónica. El conserje nocturno le había entregado la llave del apartamento, a indicación de Lily. Su huida del lugar del crimen podía comprometerle muy gravemente.

Fue a la sala, levantó el teléfono y marcó un número. Alguien dijo a los pocos instantes:

—Sargento Rourke. ¿Quién llama?

—Soy yo, Kip —dijo el joven—. Grant, otra vez la mano escarlata.

Rourke saltó en su asiento.

—Kip, ¿estás seguro?

Harmel volvió la cabeza un momento.

—Estoy viendo a la víctima —contestó.

—Muy bien, no te muevas de ahí. ¿Dónde estás?

—Honeylands Apartments,

19 C.

Lily Forbes, la cantante del «Red Tokio».

—¡Santo cielo! —exclamó el sargento—. ¿Cómo, Kip?

—Estrangulada, Grant. Lo peor de todo es...

Harmel inspiró profundamente.

—Grant, búscame un buen abogado —añadió—. Lo voy a necesitar.

—Kip, ¿tú no habrás...?

—No, pero he pasado la noche con ella.

—Por todos los... ¿Bebiste?

—Sólo una copa, a la una de la madrugada. ¡Por el amor de

Dios, ven pronto! —gritó el joven casi histéricamente.

—Muy bien, muy bien, no te alteres —aconsejó Rourke—. Sigue ahí, no toques nada. Enviaré por delante una patrulla. Yo iré todo lo rápido que pueda. Pero dime una cosa: ¿has sido tú?

—No, Grant.

—Te creo —contestó el sargento—. Animo, Kip; saldrás de ésta.

CAPÍTULO VII

Harmel agitó un poco el coñac de la copa y lo vació de un trago. Sentada frente a él, Petula le miraba con simpatía y compasión a un tiempo.

—Has pasado un mal trago —dijo.

—Sí —contestó él—. Ha sido horrible.

—¿Han creído en tus declaraciones?

—La buena fama debe de servir para algo, ¿no crees?

—Pero estabas en casa cuando ella murió.

—No lo he negado un solo momento. Es más, llamé a la policía apenas descubrí el crimen. Esta vez tenía que hacerlo, Petula.

—Dime una cosa: ¿es posible que no percibieras el menor sonido? —preguntó la chica.

—Estaba dormido como un tronco. El asesino no hizo el menor ruido.

Petula sonrió maliciosamente.

—Debió de ser una noche muy movida —comentó.

—¡Por favor! —dijo él con voz crispada.

—¿Y qué? Ha ocurrido, ¿no? Eso es cosa que pasa continuamente entre hombres y mujeres. Ella era muy hermosa. No tienes por qué hacerte ningún reproche.

—Entonces... ¿no te enojas?

—¿Por qué iba a enojarme? No hay ninguna relación entre tú y yo que me permita enfadarme por lo que sucedió. Pero claro, lamento que Lily haya muerto tan salvajemente.

Harmel entornó los ojos.

—Ella sabía algo sobre el asesino de la mano escarlata —murmuró—. Lo negó con vehemencia, desde luego, yero no con la suficiente sinceridad.

—Y el asesino sabía que lo sabía... y por eso la mató.

—No hay duda al respecto, Petula.

Ella levantó la mano.

—Kip, Lily conocía a su asesino, aunque ignorase que lo era. Seguramente, le abrió la puerta, sin sospechar de él.

—Sí, es lo mismo que pienso yo.

—Entonces, aprovechando un momento de descuido la golpeó en la cabeza... Es posible que incluso la recogiese en brazos, para evitar el posible ruido de la caída de su cuerpo.

—En efecto, así debió de ocurrir.

—Y luego, ya sin prisas, le puso el cordón en torno al cuello.

Harmel agarró la botella y se sirvió otra dosis de coñac.

—Con tu permiso, Petula —dijo.

—Estás en tu casa —sonrió ella—. Pero hay un detalle que me llama mucho la atención.

—¿Sí?

—El apartamento de Lily estaba en el piso diecinueve. Tú usaste el ascensor. ¿Cómo llegó el asesino hasta allí?

—Por el mismo camino, supongo.

—¿No le dijeron nada en el vestíbulo?

—Petula, cuando yo me desperté, eran cerca de las once de la mañana. Lily debió de morir, aproximadamente, una hora antes. Las doce primeras plantas del edificio están destinadas a oficinas y despachos comerciales. Hay un movimiento terrible de gentes que entran y salen. ¿Quién puede fijarse en un hombre, cuando se ven cientos en pocos minutos?

—Eso sí es cierto —convino la chica—. Pero tuvo que subir al piso diecinueve...

—Quizá se bajó en el duodécimo, para no inspirar sospechas, y terminó su recorrido por la escalera.

—Es posible. ¿Sospechas de alguien?

—No —contestó él desanimadamente—. No tengo la menor idea de quién pueda ser. Pero Lily fue una buena amiga...

Petula sonrió.

—Tendrás que resignarte a su desaparición —dijo—. Y ahora, cambiemos de tema, Kip.

—Sí, como quieras.

—Te pedí un favor. ¿Sigues dispuesto?

—Claro. ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Pensé que... que no te sentirías en condiciones...

—No te preocupes; me encuentro perfectamente.

—Gracias, Kip —dijo ella—. Mira, haz una cosa. Tiéndete en el diván y relájate un poco. Aún tardaremos algunas horas en salir de casa.

—Como quieras —suspiró él.

Harmel se relajó en el diván. Cerró los ojos. Era preciso evitar el recuerdo de Lily horriblemente estrangulada. ¿Por qué? se preguntó una y otra vez.

De pronto, sintió que le tocaban en el hombro.

—Es la hora, Kip. Harmel abrió los ojos.

—Me he quedado dormido —confesó.

—Eso te ha hecho bien —sonrió la chica—. Escucha, tengo preparada una cena ligera, a base de fiambres. No podemos ir con el estómago vacío, ¿comprendes?

—Como quieras. —Harmel se levantó—. Voy a lavarme un poco.

—No tardes, Kip.

Media hora más tarde, salían de casa. Petula se había vestido especialmente para la ocasión: cazadora de piel negra, *pullover* y pantalones del mismo color, con botas finas de media caña, también negras. Parecía resuelta y no había el menor signo de temor en su rostro.

—Atacaremos la casa a las tres de la madrugada —dijo, una vez el coche en marcha—. Creo que es la mejor hora.

—Habrás alarmas, supongo.

—No lo creo. Cartney fía en sus guardaespaldas.

—Vi un par de perros...

—Estoy preparada —sonrió ella.

—Carne con narcóticos.

—Sí.

—¿Qué me dices de la tapia?

—Pasé parte del día estudiando el lugar de la acción. No hay alarmas en la tapia. Saltaremos por la parte posterior.

—Muy bien.

—Tú conoces la orientación del despacho de Cartney, ¿verdad?

—Estuve en dos ocasiones, en efecto.

—Entonces, iremos allí directamente —decidió Petula.

—La ventana...

—Llevo un diamante para cortar vidrios y una ventosa.

Petula conducía el coche. Harmel se relajó en su asiento.

—Dime una cosa, nena.

—¿Qué es, Kip?

—¿Quién te enseñó el... oficio?

—Papá Simpson, claro.

—¿Tu padre?

—Era el mejor en su especialidad —contestó Petula orgullosamente.

Harmel se indignó.

—¿No le daba vergüenza, conducir a su hija por la senda del crimen? —barbotó.

—¿Por qué? Lo que hacíamos era justo, Kip.

—Es lo que me faltaba por oír. Robar, algo justo...

—Robábamos sólo a quien se lo merecía —se defendió ella.

—Sí, personas que habían adquirido sus riquezas por métodos reprobables. El bonito cuento del ladrón justiciero, que roba a los ricos, para dárselo a los pobres, ¿verdad?

—¡Más robaban ellos! —protestó la chica.

—Eso no es seguro y, además, uno no puede tornarse la justicia por su mano. Hombre, no digo que si os robaron algo, no intentarais recuperarlo. Pero dedicarse a... «afanar» carteras y abrir cajas de caudales... No dirás que es una profesión honrada, ¿verdad?

—¿Y cuándo he dicho yo que lo fuera?

—Pero ahora trabajas decentemente.

—Sí. He comprendido que no podía seguir así de una forma indefinida.

—Me alegro. ¿Y tu padre?

—Se ha retirado también.

—¿Vive aquí?

—No. Es guardabosques, en el Parque Nacional de Sequoia. Siempre le gustó... Harmel se tapó los ojos con una mano.

—Yo me voy a volver loco —murmuró—. Un «reventador» de cajas de caudales... metido a guarda forestal...

—Un día te invitaré a que vengas conmigo a visitarles. Tienen una cabaña preciosa. Es un lugar realmente maravilloso, créeme.

—Conozco ese parque nacional —gruñó él—. Petula, prométeme una cosa.

—Sí, Kip.

—Es tu último «golpe», ¿entendido?

—Cuando volvamos a casa, sacaré la Biblia, para jurar encima de ella.

—Y si vuelves a reincidir, te arrancaré el pellejo a tiras —aseguró Harmel con un gruñido final.

Los canes comieron los cebos narcotizados y, a los pocos minutos, dormían profundamente. Saltar la tapia resultó sencillo. Una vez en el interior del recinto, contemplaron la mole sombría de la casa, que se alzaba a unos cincuenta o sesenta pasos de distancia.

—La ventana del despacho —susurró Petula. Harmel movió una mano.

—Sígueme.

Echó a andar. Petula se pegó a él y así llegaron al pie del edificio. Entonces, Harmel señaló una ventana.

Petula frunció los labios.

—Está demasiado alta para trabajar con comodidad —objetó.

—No me mires a mí; yo no soy el arquitecto —refunfuñó él.

La primera planta del edificio era un semisótano, cuyas ventanas se divisaban a ras del suelo, pero estaban protegidas por gruesas rejas de metal. El antepecho de la ventana del despacho quedaba a dos metros del suelo.

—Confieso que no se me ocurrió... —murmuró Petula, perpleja. De pronto, pareció encontrar la solución—. Agáchate, Kip.

Harmel obedeció maquinalmente. Entonces, Petula cabalgó sobre sus hombros, con toda desenvoltura.

—Arriba —ordenó.

Harmel emitió un bufido, a la vez que se enderezaba. Mientras buscaba en la bolsa que pendía de su hombro izquierdo, Petula aconsejó:

—Será mejor que te apoyes en la pared con ambas manos. Así conseguiré la fijeza para trabajar sin dificultad.

—Si mi madre me viera... —murmuró él afligidamente.

—¿Vive aún?

—Llora casi a diario.

—¿Su viudez?

—No. La falta de nietos.

—Tuyos, claro.

—No, mujer; de mi hermana, la que está casada en Pasadena.

El diamante chirrió al herir el cristal. Harmel soportaba sin dificultad el peso de la chica, apoyado con ambas manos en la pared. Ella trabajaba concentradamente, ajena por completo a cuanto le rodeaba.

Al cabo de unos segundos, Harmel sintió el arrancamiento del círculo de cristal cortado con el diamante, por medio de la ventosa. Petula bajó la mano izquierda.

—¿Puedes dejarlo en el suelo?

—Tendré que agacharme...

—Muy bien.

Harmel hizo lo que le decían y volvió a incorporarse. Ella dijo:

—Tengo que ponerme en pie sobre tus hombros Kip.

—¡Señor, Señor! —murmuró él resignadamente.

Aguantó firmemente las maniobras de la muchacha. Ella había abierto ya la ventana y se disponía a entrar en la casa.

Entonces, ocurrió lo inesperado.

Harmel se dio cuenta demasiado tarde de que tenía el pie derecho mal apoyado sobre un pedrusco. El tobillo se le torció ligeramente y perdió parcialmente el equilibrio. Petula acusó el brusco movimiento y se venció hacia adelante.

Sonó un grito. Petula cayó en el interior de la casa y chocó contra una mesita, que sostenía un gran jarrón de porcelana. La mesita se hizo astillas y el jarrón se rompió con gran estrépito. Al rodar por el suelo, Petula golpeó con las piernas una silla, que volcó hacia una gran lámpara de pie. La lámpara cayó también con enorme estruendo. Durante unos segundos, Harmel, aterrado, no oyó más que ruidos que anunciaban una pavorosa catástrofe.

El instinto le hizo agarrarse al antepecho con ambas manos, para izarse a pulso hasta el hueco.

—Petula, ¿estás bien?

Sonó un gemido.

—Debo de haberme roto todos los huesos —se quejó ella.

—Aguarda, voy a ayudarte a salir. Has hecho el mismo ruido que una manada de toros enloquecidos en una tienda de cerámica. No te muevas, encanto.

Harmel saltó ágilmente al interior, pero entonces su pie derecho pisó algo húmedo y resbaló. El impulso le llevó a unos metros de distancia, hasta que chocó con algo que supo era el borde de una

gran mesa de despacho. Dado que el impacto se efectuó de frente, al de, tenerse, la mitad de su cuerpo cayó hacia adelante y su mano derecha, ciegamente extendida para protegerse, golpeó algo que emitió inmediatamente un sonoro tañido.

Las notas del «gong» se expandieron por toda la casa. Harmel no sabía si echarse a reír o llorar.

—¡Jesús! En un campeonato de torpeza, nos llevaríamos la medalla de oro —comentó amargamente.

—Kip, ¿qué te ha pasado? —preguntó Petula desde la oscuridad.

—Pisé algo húmedo, resbalé...

—El jarrón tenía flores con agua —dijo ella.

—Entonces, no hables más. Voy a encender un fósforo para localizarte, pero nos vamos a marchar inmediatamente. ¿Entendido?

—Sí, Kip —contestó Petula, a punto de echarse a llorar, por el fracaso de su plan.

De repente, Harmel se percató de algo extraño.

—¡Petula, no se oye el menor ruido en la casa! —exclamó.

CAPÍTULO VIII

Era cierto. Después del tremendo estrépito causado por aquella inexperta intrusión, no se había vuelto a escuchar ningún sonido en la casa. Harmel se dijo que habían hecho el ruido suficiente como para despertar a un batallón de durmientes, pero nadie había hecho el menor gesto ni emitido una sola voz de alarma, lo cual se le antojaba, como mínimo, muy extraño.

—Espera un momento —dijo.

Encendió un fósforo y se orientó, para alcanzar una puerta que conocía muy bien. Petula se había puesto ya en pie y se frotaba vigorosamente la cadera. Harmel corrió hasta la puerta, abrió y escuchó con gran atención.

—No se oye nada —murmuró, pasados algunos momentos.

—¿Será posible que tengan el sueño tan pesado? —especuló ella.

—No lo creo. Aguarda aquí, voy a investigar.

—Cuidado, Kip...

—Tengo la impresión de que la casa está vacía —dijo Harmel, a la vez que cruzaba el umbral.

Con grandes precauciones, recorrió toda la planta baja, sin hallar el menor rastro de presencia humana. Todo aparecía en perfecto orden y en la cocina había sido hecha la limpieza propia tras la cena.

Subió al primer piso. Las habitaciones estaban asimismo vacías y sin la menor alteración. Harmel se alegró por un lado, aunque, por otro, sintió cierto oscuro presentimiento.

—Esto no puede acabar bien —masculló.

Demasiadas facilidades, se dijo. Aunque cabía en lo posible que Cartney y sus esbirros estuvieran fuera, ¿no quedaba siquiera una mujer para cuidar la casa?

—Al menos, hay unos perros a los que alimentar... pero también, con una vez al día que venga a traerles la comida...

Acabó dejándose de suposiciones. La casa estaba vacía y era lo mejor que podía ocurrirles. No obstante, debían darse prisa, a fin de evitar sorpresas desagradables en el último instante.

Seguro de que no iban a ser molestados, corrió al despacho de Cartney. Entonces vio a la chica con el oído pegado a una brillante caja de metal empotrada en la pared.

—No hay nadie en la casa —informó.

—Lo suponía. Ahora, por favor, calla.

Harmel asintió. Paseó la vista por el interior del despacho. Parecía devastado por un tornado. «Cartney se pondrá como una furia cuando lo vea», pensó tristemente. Se acercó a la mesa y levantó la tapa de la cigarrera. Sacó un costoso habano y se lo puso entre los dientes. Un momento después, exhalaba grandes bocanadas de humo perfumado. Displicentemente, se acercó a una mesa y se sirvió una copa de *brandy*. Actuaba con las manos enguantadas, de modo que no sentía temor a dejar las huellas dactilares.

De repente, sonó la voz de Petula:

—¡Ya está!

Sonó un chasquido. Con el cigarro entre los dientes Harmel se acercó a la muchacha, quien, en aquellos momentos, hacía girar la puerta de la caja fuerte. Un segundo después, ella emitía un grito de rabia:

—¡Está vacía, Kip!

A Harmel casi se le cayó el cigarro de la boca.

—¿Qué? No es posible...

Petula estaba a punto de echarse a llorar.

—Míralo, si no me crees —gimió.

Harmel se acercó a la caja fuerte, situada en un punto donde la luz era muy escasa. Sí, estaba vacía, pero también se veía algo blanco, que sacó de inmediato.

Era un sobre, dirigido a cierta persona.

—Es para ti, Petula.

—¿Cómo? —Se sobresaltó la chica.

—Mira. Aquí lo dice bien claro. «Mis Petula Simpson. Personal».

Ella rasgó el sobre con mano nerviosa y extrajo de su interior una cuartilla doblada, en la que se había escrito un breve mensaje, con rotulador de grueso trazo:

«La fotografía está en la otra caja».

Harmel leyó también el mensaje. De pronto, sin poder evitarlo, rompió a reír estruendosamente.

De pronto, Petula pareció perder todo sentido de discreción y se fue hacia la mesa, de la que barrió cuánto había con los brazos, arrojando al suelo una valiosa escultura de porcelana, que se rompió en mil pedazos. Los habanos se esparcieron y los pisoteó y machacó a taconazos. Fue luego hacia una estantería y lanzó al suelo la mayor parte de los libros. Entre las cosas que habían caído al suelo, figuraba una plegadera metálica. Apoderándose de ella, empezó a rasgar la tapicería de un sillón, momento en el que Harmel creyó oportuno intervenir.

—Basta —dijo—. Ya es suficiente.

Agarró a la chica por la cintura y la apartó lejos del sillón. Ella pateaba furiosamente, sumida en una auténtica crisis de nervios. Harmel optó por la decisión más sensata en aquellos instantes. Hizo girar a Petula y le dio un par de bofetadas en la cara, sin demasiada fuerza, pero suficiente para hacerla volver a la realidad.

Ella le miró un instante. Luego, de pronto, rompió a llorar desconsoladamente.

—Se ha burlado de mí —gimió, con la cabeza apoyada en el pecho del hombre—. Y tú, además, te reías...

—Bueno, no iba a llorar —contestó él, a la vez que le daba suaves palmaditas en la espalda—. Me hizo gracia, sencillamente.

—Pero no tengo la fotografía...

—Creo que no debieras lamentarlo demasiado. Imagínate que la encuentras. ¿No crees que Cartney puede haber sacado una copia? Ese sujeto es capaz de todo, ¿comprendes?

Petula asintió, hipando.

—Sí, pero de todos modos, quiero tener esa fotografía en mi poder.

—El remedio es bien sencillo, aunque no lo hallaremos quedándonos en esta casa un minuto más de lo necesario. Anda, vámonos.

Harmel miró a su alrededor una vez más.

—En el fondo, me alegro de los destrozos —añadió.

Momentos después, saltaban al jardín. Apenas habían dado

media docena de pasos, oyeron en las inmediaciones unos gruñidos aterradores.

—¡Los mastines! —Se espantó el joven.

—¡Han despertado ya! —exclamó Petula.

—No te entretengas. ¡Corre!

Petula movió las piernas con la mayor velocidad posible. Harmel, emparejado con ella, tiraba de su mano, mientras que los ladridos de los perros sonaban con mayor fuerza a cada segundo que transcurría.

La tapia apareció de pronto ante sus ojos. Saltaron hacia arriba los dos al mismo tiempo. Cuando se agarraba al borde con ambas manos, Harmel oyó junto a sus pies el amenazador chasquido de unas mandíbulas que se cerraban de golpe.

A caballo sobre la borda, miró hacia abajo. Los dos perros ladraban furiosamente, decepcionados por no haber podido alcanzar la presa. Petula estaba en la misma posición, frente a él.

—Nos hemos salvado por los pelos —comentó.

—Estaban aún algo torpes por el narcótico y no reaccionaron con la velocidad suficiente —calculó Harmel—. Sospecho que la dosis fue muy liviana, ¿no es así?

—Me pareció que si ponía más cantidad, podía matarlos. Los pobres no tienen la culpa, Kip.

Harmel alzó los ojos al cielo.

—¡Irreal! —Calificó.

Súbitamente, volvió a reír. Ella le miró muy irritada.

—¿Te divierte? —preguntó.

—Cuando vi que la casa estaba desierta, presentí que algo no iba a salir bien —contestó él—. Pero no me negarás que ha sido una aventura llena de incidentes cómicos. La entrada en la casa, la caja fuerte vacía, el mensaje, los perros que nos han perseguido...

—Para mí no tiene ninguna gracia, Kip.

—Lo sé, lo sé, cariño. Pero llorando, es peor —dijo Harmel, filósofo—. Por cierto, estamos hablando aquí, a caballo sobre la tapia, cuando podríamos hacerlo tranquilamente de camino hacia el coche. ¿No es también algo divertido?

Petula acabó por sonreír.

—La verdad, somos dos fracasados —admitió.

—Todavía no —contradijo él, después de poner los pies en el

suelo—. ¿Qué tiempo tienes aún para abrir la otra caja fuerte?

—Cuarenta y ocho horas —respondió la chica.

Harmel asintió.

—Creo que será suficiente... Dijiste un millón, ¿no es verdad?

—Es lo que me dijo Cartney.

—Estará en billetes, seguramente de alto valor... ¿Tienes alguna idea al respecto?

—No, en absoluto.

—Es lo mismo. Cuando se guarda un millón en una caja fuerte, lo corriente es que los billetes sean grandes, por ejemplo, de cien dólares. Muy bien, Cartney tendrá su millón.

—No me gusta tener que acceder... —se lamentó ella.

—Hay que tomarse las cosas tal como vienen, encanto.

Ya habían llegado junto al coche. Harmel abrió la portezuela.

—Por cierto, aún no me has dicho el nombre de la persona a la que vamos a aligerar del peso de un millón de dólares —exclamó.

—Reg Snyder —contestó Petula. Harmel abrió la boca.

—Ése... posee un millón...

—Así lo asegura Cartney, es todo lo que puedo decirte —repuso ella malhumoradamente—. ¿Es que lo conoces?

—Digamos que sí —sonrió Harmel—. De modo que cuarenta y ocho horas, ¿eh?

—Debo entregar el dinero antes de las siete de la mañana de pasado mañana —fue la puntualizadora respuesta de la muchacha.

—Descuida, lo entregarás —aseguró él.

La casa era grande, lujosa, decorada con excelente gusto, sin estridencias innecesarias. Snyder sonrió al ver a su visitante y le alargó la mano.

—Celebro verle, amigo mío —dijo afectuosamente. Miró la bolsa que el joven había traído consigo—. ¿Es algo importante?

—Se lo diré luego, si no tiene inconveniente —respondió Harmel.

—Muy bien, estoy a su disposición. —Snyder se acercó a un bar muy bien provisto—. ¿Cuáles son sus preferencias a las ocho de la noche? —consultó.

—Teniendo en cuenta que aún no he cenado, aceptaría un jerez. Seco, por favor. Snyder le enseñó la botella.

—¿Le agrada esta marca?

—Es mi favorita, señor.

—Tiene usted un gusto excelente —dijo el dueño de la casa, elegantemente ataviado con una chaqueta corta, de terciopelo rojo oscuro, y pañuelo al cuello—. Por cierto, aún no me ha preguntado por qué me disfracé el otro día como un mendigo.

—No suelo entrar en las razones ajenas, a menos que me afecten directamente, señor.

—Muy discreto. —Snyder entregó una copa a su visitante—. Puede que se lo explique en otro momento, señor Harmel. Fue una lástima que muriese esa mujer tan encantadora, ¿verdad?

—Yo la apreciaba mucho. Habíamos sido compañeros en la Universidad.

—Ella fracasó como abogado. Perdió su primer pleito, que resultó ser el único.

—Y usted su único cliente.

—Eso ha pasado ya. Supe rehacerme muy pronto, como puede apreciar.

Harmel asintió.

—Sí, es una casa muy agradable —convino—. Señor Snyder, ¿le gustaría evitar el robo del millón de dólares que guarda usted en su caja fuerte?

Snyder pareció sobresaltarse.

—¿Cómo lo ha sabido, muchacho?

Harmel le miró por encima de su copa.

—No resultaría conveniente traicionar al que me proporcionó el informe —sonrió.

Muy cierto —convino Snyder—. Es cierto, tengo un millón de dólares en la caja fuerte. Usted se preguntará, sin duda, cómo guardo una suma tan elevada en casa, en lugar de dejar al Banco ese cuidado, ¿verdad?

—Sus asuntos privados no me conciernen, señor.

—Efectivamente, pero quiero decirle algo. Tengo que hacer un importante pago en fecha muy próxima. Es un negocio... No diré que sea ilegal, pero el vendedor quiere el pago en contante, nada de cheques.

—Sí, dejan rastro —sonrió Harmel.

—Repito que no es nada ilegal —insistió Snyder—. Pero usted es un joven inteligente y sabe que, en ocasiones, el dinero en efectivo

resulta más convincente.

—No me cabe la menor duda. En tal cosa, ¿me permite que le ayude a salvar ese dinero?

—A ver, dígame.

Harmel explicó su plan. Snyder pareció estudiarlo durante unos momentos y, al fin, accedió con un movimiento de cabeza.

—Perfectamente, pero...

Harmel se puso en pie.

—Aguardaré afuera, para que no pueda desconfiar de mí —dijo—. Sólo quiero lo que le he dicho.

Snyder hizo un gesto de pesar.

—Nunca lo hubiese creído de Cartney —dijo—. Me pidió que le guardase ese sobre, diciendo que eran documentos muy importantes y que su caja fuerte era poco menos que una lata de sardinas... en fin, no se puede uno fiar de los amigos.

—Sí, hoy día, la amistad es algo inexistente —convino Harmel—. Le dejo la bolsa, con su contenido.

El joven salió al vestíbulo y encendió un cigarrillo. Un cuarto de hora más tarde, apareció Snyder, con la bolsa vacía en una mano y el sobre en la otra.

—Aquí tiene, muchacho —dijo—. Ah, encontrará algo dentro del sobre. Es para usted.

—Pero...

Snyder le puso una mano en el hombro.

—Me gusta ser agradecido con los que me hacen favores —manifestó afectuosamente—. Y usted me ha hecho uno muy importante, al avisarme a tiempo de que pensaban desvalijarme la caja fuerte.

—Ha sido un placer —aseguró Harmel.

—Lo mismo digo —contestó el dueño de la casa.

Al volver a su automóvil, Harmel abrió el sobre. Además de la fotografía comprometedora, había cincuenta billetes de cien dólares.

CAPÍTULO IX

El hombre se agitó nerviosamente en su silla. Harmel le miró, a través del humo del cigarrillo que pendía negligentemente de la comisura de sus labios.

—Me está poniendo en un compromiso —se quejó Buck Green.

—Tú estás vivo. Bates se estrelló con el coche.

—Me lo propuso. Yo me negué.

—¿Por qué?

Green hizo una mueca.

—No está en mi línea —contestó.

—¿Cómo?

—Mire, yo sé que no soy un santo. Admito que he cometido infinidad de tropelías... pero jamás he quitado la vida a una persona. Sólo lo haría en legítima defensa, pero nunca de otra manera y menos aún por dinero.

—Vamos, el chico nos ha salido pacifista —comentó Harmel burlonamente.

—Puede reírse todo lo que quiera; no por ello podré decirle otra cosa —respondió Green, muy serio.

Harmel levantó la mano. Una camarera, de robustos pechos, acudió en el acto.

—¿Señor?

—Más *whisky* —pidió el joven.

—Sí, señor.

Harmel esperó a que los vasos estuviesen llenos nuevamente. La atmósfera era densa, pesada. Olía a humo, a licor barato, sudor y polvos para la cara. En un rincón, una mujer rió de pronto estridentemente.

—Aquí, no, bruto —dijo—. En casa, todo lo que quieras... Y pagando, claro. Harmel sonrió.

—La gente se divierte, Buck —dijo—. ¿Quién fue el que contrató

a Bates para liquidarme?

—Yo no lo sé seguro... Quiero decir que acaso, Bates me engañó o el tipo le engañó a él... Pero le pagó dos mil «pavos».

—Espero que los encontrasen en sus ropas, después del accidente. Al menos, pudieron hacerle un buen entierro. ¿Qué nombre te dijo?

—Phil Madigan. Oiga, si yo hubiera sido Madigan, no hubiera contratado a Bates ni para llevar una carta al correo. Me lo contó todo con pelos y señales... y cuando terminó, me juré no volver a trabajar con él en la vida.

—Cierto, ya no trabajaréis juntos —sonrió Harmel—. ¿Dónde vive Madigan?

—Cuarta, ochocientos catorce. Harmel miró fijamente al hampón.

—Buck, ¿cuánto vale el «soplo»? —preguntó. Green hizo un gesto ambiguo.

—Lo dejo a su discreción —contestó.

Harmel puso sobre la mesa cinco billetes de cincuenta dólares.

—¿Satisfecho, Buck?

—Pagaré el gasto —contestó Green entusiasmado. Harmel iba a ponerse en pie, cuando, de pronto, recordó algo.

—¿Quién mató a Witts? —preguntó.

—Lo ignoro. Se lo diría, si lo supiera.

—Trabajabas para él...

—Nos encargó un asunto. Andábamos buscando a un tipo que le debía «pasta». Nos dimos cuenta de que usted nos seguía...

—Witts también debía dinero a otro.

Green se encogió de hombros.

—Los asuntos privados de ciertas personas no nos interesan —contestó—. Witts nos pagaba cien al día y los gastos. Pero no llegamos a cobrar siquiera. Alguien lo «despenó».

—Sí, el de la mano roja. Adiós, Buck.

Harmel salió de la taberna y respiró a pleno pulmón. Durante unos segundos, vaciló sobre la decisión que debía tomar, pero, al fin, optó por entrevistarse con Madigan. Quería saber por qué aquel hombre, a quien no conocía, había pagado a un hampón por asesinarle.

Cuando llegaba a la casa, creyó ver salir de ella a un individuo

conocido. La visión, sin embargo, resultó muy fugaz, porque el sujeto entró en un coche y arrancó de inmediato, perdiéndose rápidamente entre el denso tráfico de aquella importante arteria. Harmel se dijo, por otra parte, que tenía los nervios un poco alterados y que, seguramente, lo que había visto era solamente una ilusión óptica.

Entró en la casa y consultó los buzones de las cartas. Madigan residía en la sexta planta, apartamento E. Fue al ascensor, marcó el número seis y se dejó llevar.

El edificio era corriente, aunque de cierta elegancia, propio para inquilinos acomodados. Harmel buscó el apartamento E y tocó el timbre.

De repente, se dio cuenta de que la puerta estaba entreabierta.

Era sólo una ranura, no más ancha de un centímetro, pero suficiente para sentir bruscamente una helada sospecha.

Empujó la puerta.

—Madigan —llamó a media voz.

No hubo respuesta. Harmel avanzó paso a paso. Cruzó la sala y llegó al dormitorio.

Respiró profundamente. Madigan ya no le diría por qué había contratado a Bates para asesinarle.

A su vez, había sido asesinado. Un tiro en medio de la frente.

Madigan estaba con ropa de cama, caído hacia atrás. La sangre salía aún por el negro orificio abierto por el proyectil. Acercándose al lecho, tocó con el dorso de la mano la mejilla que no estaba manchada de sangre. Aún se apreciaba el calor en la epidermis. No hacía ni cinco minutos que había muerto.

Saltaba a la vista lo sucedido. Madigan había sido sorprendido en el lecho. Incluso había tenido tiempo de sentarse, pero la bala le había lanzado hacia atrás.

Luego volvió los ojos hacia la pared de su izquierda. Encontró perfectamente lógico ver la mano roja adosada al empapelado del muro.

—¿Por qué? —murmuró.

Casi tenía que darle gracias al que había matado a Madigan. Éste, a fin de cuentas, había contratado a un asesino para matarle a él. Pero ya no era hora de sentir rencores hacia un difunto.

Esta vez, sin embargo no avisó a la policía. Ya encontrarían el

cadáver. No le gustaba hacerlo, pero, así, evitaba complicaciones.

Cuando llegó a su casa, encontró a Petula aguardándole.

—No me has llamado en todo el día —le reprochó la joven.

—He tenido mucho trabajo —se defendió él—. ¿Hay café?

—Me he tomado medio litro...

Harmel sonrió.

—Tráeme una taza y te daré una buena noticia —dijo. Petula se puso en pie. Cuando regresó, Harmel le entregó algo.

Los ojos de la chica se humedecieron.

—¡Oh, Kip...!

—Vamos —dijo él—. No irás a echarle a llorar ahora, ¿verdad?

Petula se sentó frente al joven, con las rodillas muy juntas, y le miró fijamente.

—No quiero seguir siendo una ladrona —dijo.

—Lo siento, pero no vas a tener otro remedio que cumplir el pacto —contestó él.

—¿Por qué? Ya tengo la fotografía...

—Apuesto doble contra sencillo a que ese bribón de Cartney sacó una copia de la que te he entregado. Quiero que te la entregue, ¿entiendes?

—No. Expílicate mejor, por favor.

—Cartney no piensa dejarte sola —dijo Harmel—. En su lugar, yo no lo haría, temiendo que te marchases con el millón de dólares.

—Parece lógico —admitió Petula.

—Bien en tal caso, cuando estés a punto de abrir la caja fuerte, niégate a completar la operación, si no te entregan esa copia.

Ella pareció meditar un momento.

—¿Y si no la tiene el que me acompaña? ¿Y si la tiene Cartney, que parece lo más natural?

—¿No te va a acompañar él?

—Dijo que iría uno de sus secuaces, un tal Dan Clough. Entraremos los dos juntos en la casa, yo abriré la caja, Clough cargará el dinero en una bolsa, y yo podré quedarme el sobre que hay allí.

Harmel asintió.

—Entonces, haz una cosa —dijo—. Habla con Cartney. Dile que tiene que ir él en persona. Pero hazlo después de que hayas hablado con Clough.

—¿Cómo?

—Busca un pretexto para entrevistarte con Clough, a fin de darle instrucciones, por ejemplo. Luego habla con Cartney. Dile, confidencialmente, que no te fías de él y que crees que se quedará el dinero. Si eso no hace recelar a Cartney, no sé qué puede convencerle.

—Eso tiene un inconveniente —objetó Petula.

—Yo no veo ninguno...

—Imagínate que Cartney accede y viene conmigo. Se le puede ocurrir echar un vistazo al sobre antes de entregármelo. ¿Qué pasará cuando vea que no está la fotografía? En cambio, si voy con Clough, yo tomaré el sobre sin que él diga nada, puesto que tiene instrucciones para ello.

—Es verdad —murmuró Harmel, mordiéndose los labios—. Y luego, cuando se dé cuenta de la trampa...

Se puso en pie y empezó a pasearse por la sala, mientras juntaba las manos, haciendo crujir los nudillos.

Súbitamente, se volvió hacia la muchacha.

—Se me ha ocurrido otra idea —exclamó.

Petula le miró con gran interés.

—Explícate, por favor.

—Sí. Oye, pon atención...

Seguido de sus dos guardaespaldas, Cartney entró en el local y miró en todas direcciones, hasta ver a Petula, sentada en un semi-reservado, con una taza de café ante sí. Cartney hizo un gesto con la mano y los dos matones se situaron en otra de las mesas.

Cartney se sentó frente a la chica.

—Está bien —dijo—. ¿Qué diablos pasa ahora? ¿Por qué me has hecho venir a este infecto tugurio?

Petula sonrió deliciosamente.

—Yo no lo encuentro tan malo —contestó—. Hombre, no es el «grill» del «Waldorf» de Nueva York, pero...

—Ahórrate comparaciones. Vamos al grano —pidió el hombre con visible impaciencia.

—Está bien. Mire.

Petula alargó la pierna izquierda por fuera de la mesa y se subió un poco la pernera del pantalón. Cartney desvió la vista y pudo ver un vendaje en torno al tobillo.

—¿Qué significa eso? —preguntó abruptamente.

—He dado un paso en falso y tengo una ligera distensión de ligamentos —contestó ella—. En resumen, me duele y cojea.

—¿Significa eso que quieres suspender la acción?

—No... pero Clough tendrá que hacer algo más que vigilarme.

—¿Por qué diablos no hablas claro de una maldita vez? —pidió Cartney malhumoradamente.

—Vaya un lenguaje —se quejó Petula—. Eso significa que Clough tendrá que llevarme en brazos.

—¿Cómo?

—Apenas puedo caminar. A veces, me da el dolor muy fuerte y grito sin poder evitarlo. Eso podría resultar comprometedor, ¿no cree?

—Cartney lanzó una maldición en voz baja.

—Pero tienes las manos sanas —dijo.

—Eso sí es cierto —respondió la muchacha.

—Entonces, no te preocupes de más. Clough está para ayudarte en todo lo que sea necesario. Y para vigilarte, claro.

—Muy bien, como usted diga.

—¿Algo más? —preguntó Cartney.

—Pague el gasto —dijo ella, tranquilamente.

Cartney emitió un bufido. Sacó un par de billetes y los dejó sobre la mesa.

—Clough vendrá a buscarte con su coche dentro de cinco minutos —manifestó.

—¿Para qué? El mío está afuera...

—Muy bien, como quieras.

Petula se puso en pie, sonriendo. Cartney observó que llevaba un bastón para apoyarse.

—Cuando entres allí, tendrás que dejarlo en el coche —ordenó.

—Sí, señor.

La joven echó a andar. Cartney se puso a su lado. De pronto, Petula lanzó un débil grito y se tambaleó. Para no caerse, se agarró con ambas manos al cuello de Cartney, lo que, naturalmente, le hizo soltar el bastón.

Cartney, sorprendido, vaciló. Durante unos segundos, parecieron bailar una ridícula danza, ante las risas de algunos de los presentes. Cartney juraba en voz baja, percatándose de la ridícula situación en

que se encontraba. Al fin, consiguió recobrar el equilibrio.

—Sólo eso nos faltaba —masculló coléricamente, mientras se inclinaba para recoger el bastón—. Tu tobillo lisiado...

—Lo haré bien, señor Cartney —prometió ella, muy compungida.

—Eso espero —gruñó el sujeto—. Y vámonos ya de aquí, de una maldita vez.

—Sí, sí, señor, lo que usted diga...

Petula caminó, cojeando con gran aparatosidad, apoyada en el bastón. Un poco más adelante, desvió ligeramente la cabeza. Harmel, con el rostro casi oculto por la carta de platos, estaba sentado en una mesa cercana, Petula le hizo un rapidísimo guiño. El joven asintió con un leve movimiento de cabeza. Todo marchaba bien, se dijo Harmel.

CAPÍTULO X

Sentado en el asiento posterior del coche, Cartney fumaba apaciblemente un cigarro. Lew Doorn estaba delante de él, tras el volante. Ambos podían ver a cierta distancia la silueta de la casa en donde «operaba» Petula, acompañada por Dan Clough.

—Va a ser un golpe sonado, jefe —dijo Doorn de pronto.

Cartney exhaló el humo, visiblemente satisfecho.

—Todos los días no se consigue un millón de dólares, Lew —contestó—. Ha costado, pero valía la pena, ¿no te parece?

—Sí, señor. Pero ¿qué pasará después con la chica?

Displícite, Cartney sacudió la ceniza del cigarro con el meñique, después de sacar la mano fuera del coche, por la ventanilla.

—Puede seguir siendo útil —contestó.

—¿Más... «golpes»?

—Tengo otro en perspectiva... aunque por el momento, dejaré pasar algún tiempo. Quizá lo haga a la vuelta de las vacaciones que pienso tomarme después de que Dan venga con la bolsa bien repleta.

Doorn soltó una risita.

—Se pondrá hecho una furia cuando sepa la verdad —dijo.

—Bueno, tendrá que aguantarse, no le quedará otro remedio. —Cartney rió también—. Sólo le di una copia; yo tengo otra y el negativo en la billetera; aquí, en el bolsillo de la chaqueta —añadió, a la vez que se golpeaba con la mano en el lugar indicado.

De repente, lanzó un rugido de cólera.

—¡Jefe! ¿Qué le pasa? —exclamó Doorn, alarmado.

Cartney soltó una obscena maldición.

—Esa maldita zorra... Me engañó... ¡Me ha robado la billetera!

—Oh, no —exclamó Doorn.

Los dientes de Cartney crujieron.

—Nadie se burla de mí —dijo—. Te aseguro que lo pagará muy caro, Lew.

—¿Está seguro de que ha sido ella, jefe?

—Ya no pueden tardar mucho en regresar. Entonces, cuando la vea, —Cartney inspiró profundamente—. Están a punto de llegar. Pon el motor en marcha, anda.

—Sí, señor.

La puerta de la caja fuerte giró silenciosamente a un lado. Petula alargó la mano enguantada y agarró con rapidez el sobre que había en uno de los estantes.

—Ya he cumplido mi parte —dijo.

Clough se asomó a la caja fuerte, con la linterna en la mano. Vio los gruesos paquetes de billetes, perfectamente enfajados, y casi estuvo a punto de desmayarse.

—¡Cielos! ¡Es la primera vez en mi vida que veo un millón! —murmuró.

—Será mejor que te apresures —aconsejó Petula—. Cuanto menos tiempo estemos aquí, mejor para todos.

—Sí, es cierto.

Clough empezó a mover las manos con rapidez. Había diez fajos, cada uno de los cuales estaba compuesto por cien billetes de mil dólares. El dinero fue trasladado rápidamente a la bolsa que ya había llevado prevenido.

Clough había dejado la linterna en el suelo, para utilizar las dos manos. Al finalizar, con el último fajo, arrastró un sobre de grandes dimensiones, que cayó al suelo. En el mismo instante, empujaba la puerta con la mano libre.

La caja quedó cerrada. Clough hizo girar la rueda de la combinación varias veces y luego se puso en pie.

—Larguémonos —dijo.

—Eh, el sobre —exclamó ella.

—Déjalo ahí —contestó Clough.

Petula dudó un momento.

—Me lo llevaré —decidió finalmente—. Mañana se lo devolveré por correo, anónimamente, claro. Si lo vieran caído en el suelo, sospecharían en el acto.

—Eso sí es cierto —admitió Clough.

Cojeando, Petula llegó a la ventana. Clough sacó la bolsa, la dejó

caer al suelo y luego alzó en brazos a la chica.

—Cuidado con mi tobillo —dijo Petula.

—No te preocupes, encanto.

Clough era robusto y procuró que la joven descendiera con toda suavidad. Inmediatamente, él saltó al jardín, pero, en el mismo momento, Petula, con el sobre en una mano y el bastón en la otra, echó a correr a toda velocidad.

—Eh, pero ¿qué diablos...?

De repente, se acordó del millón de dólares que tenía a los pies. Agarró la bolsa y salió también corriendo con gran rapidez. Cuando llegaba al borde del jardín, vio que el coche en que había llegado arrancaba velozmente.

Alguien conducía el automóvil y no era la chica, vio, muy preocupado. Pero, al fin, tenía el dinero y ello era lo que importaba. A su vez, corrió a lo largo de la calle. A lo lejos vio encenderse las luces de un automóvil y agitó una mano.

—Allí viene, jefe —exclamó Doorn.

—¿Trae el dinero? —preguntó Cartney vivamente.

—Sí, creo que sí...

—Sal a su encuentro.

El coche se despegó lentamente de la acera. A los pocos instantes, Clough abrió la portezuela delantera y saltó al interior.

—El dinero, jefe —exclamó, a la vez que entregaba la bolsa a Cartney.

—Una buena tarea —sonrió Cartney, satisfecho, en medio de todo—. ¿Resultó difícil, Dan?

—No, pero ha ocurrido algo muy extraño. La chica salió corriendo. Ya no cojeaba, ¿sabe?

Cartney frunció el ceño.

—¿Estás seguro?

—Hombre, me dejó clavado en el suelo...

Cartney abrió la bolsa y divisó los fajos de billetes.

—Al menos, en este aspecto, no te ha engañado —murmuró—. Lo que pasa es que no quería verme otra vez. Me ha quitado la billetera, ¿sabes?

—Vaya —resopló Clough.

—Pero ya me desquitaré, no te preocupes. ¡Lew, a casa!

—Sí, jefe.

Treinta minutos después, Cartney, seguido de sus dos guardaespaldas, entraba en su despacho. Clough era el portador de la bolsa, que depositó encima de la mesa, mientras Cartney abría la caja fuerte.

—Jefe, ¿me permite ver el dinero? —solicitó Doorn, excitado—. Nunca he visto un millón de una sola vez...

—Claro, hombre —accedió Cartney de buen humor—. No olvides que, a fin de cuentas, una parte de ese dinero es vuestro.

Doorn descorrió la cremallera del cierre y sacó uno de los fajos de billetes, que contempló arrobado. Pero, de súbito, se borró la sonrisa de sus labios.

—¡Jefe! —aulló.

Cartney se volvió.

—¿Qué pasa ahora, Lew?

—Los billetes... Son... —Doorn tragó saliva—. Son falsos.

—No digas tonterías —gruñó Cartney—. No eres experto en billetes. Cuesta mucho saber si un billete es falso o auténtico...

—Es que éstos son... como los que se usan en el cine...

Cartney lanzó un rugido de furor. Fue hacia la mesa, agarró uno de los paquetes, rompió la faja y examinó los billetes rápidamente. Al terminar, los arrojó rabiosamente a un lado.

De pronto, desmoralizado, se sentó en el sillón y hundió la cabeza entre las manos. Sus dos secuaces le contemplaban, sin atreverse a pronunciar una sola palabra.

Dormía plácidamente, cuando, de pronto, se sintió violentamente zarandeado. Al abrir los ojos, divisó unos rostros malhumorados en torno a la cama.

—Hola —dijo Harmel—. ¿Cómo así tan temprano, señor Cartney?

Cartney hizo un gesto con la mano.

—Llévalo a la sala —ordenó.

Clough y Doorn agarraron al joven por los brazos y lo alzaron en volandas. En la sala, Cartney tenía algo en la mano derecha, que bacía chasquear contra la palma de la izquierda.

—Harmel, ¿dónde está la chica? —preguntó.

El joven vio la delgada varilla de acero y tragó saliva. Ni siquiera intentó desasirse; las cuatro manos que sujetaban sus brazos tenían demasiada fuerza.

—No lo sé —contestó.

La punta de la varilla se hincó en su estómago.

—Puedo romperte los huesos uno a uno —amenazó Cartney—. Quiero encontrar a esa maldita zorra y lo conseguiré, aunque tenga que dejarte lisiado para toda la vida.

—Pero ¿por qué me lo pregunta a mí? —gritó Harmel—. ¿Acaso soy su responsable?

—Tú sabes dónde está. Vamos, no me hagas perder más tiempo...

—¿Puede explicarme, al menos, qué le sucede?

Cartney vaciló.

—Me jugó una mala pasada —contestó evasivamente.

—Bueno, entre ladrones...

—¡Yo no soy ningún ladrón! —chilló Cartney.

—Pero encarga a otros que roben para usted.

—Eso es diferente...

—Ya, muy distinto. Lo siento, no sé dónde está.

La varilla silbó una vez en el aire y pasó muy cerca de la pierna izquierda de Harmel. El joven había sido sorprendido, vistiendo únicamente los pantalones cortos del pijama. Se estremeció al pensar en lo que dolería un golpe en una de sus espinillas.

Le partiría los huesos, no cabía la menor duda. Cartney era capaz de eso y de mucho más.

Pero la idea había sido suya y debía apechugar con las consecuencias.

—No sé dónde está —dijo.

Y cerró los ojos.

De pronto, se oyó una voz sarcástica:

—¿Piensa firmar algún cheque con esa pluma, amigo Cartney?

Harmel volvió a abrir los ojos. La fornida silueta del sargento Rourke se recortaba en el umbral de la casa.

Harmel emitió un hondo suspiro de alivio.

—Hola, Grant —saludó.

Cartney se humedeció los labios con la lengua.

—¿Cómo está, sargento?

—Será mejor que se larguen —dijo Rourke—. A menos que el señor Harmel desee presentar algún cargo...

—No, que se vayan —exclamó el aludido malhumoradamente.

—Volveremos a vernos, Harmel —prometió Cartney con acento lleno de rencor.

Giró sobre sus talones y salió con gran rapidez, seguido de sus dos matones. Harmel y el sargento quedaron a solas.

—¿Dónde está la chica? —preguntó Rourke.

—¿Petula Simpson?

—Demasiado sabes a quién me refiero. Mira, Kip, comprendo que tuvieras el pico cerrado ante esos rufianes, pero a mí no me puedes engañar. Dime dónde está y olvidaré muchas cosas.

—Muy bien, pero, primero, ¿no puedes decirme qué ha sucedido?

—Snyder ha venido a denunciar el robo de un millón de dólares —contestó el policía.

Harmel se quedó sin aliento.

—No —dijo.

—Sí —confirmó Rourke malhumoradamente—. Y ha sido ella, la «Cobra», ¿entiendes?

Harmel miró de reojo a su amigo.

—Creía que estabas en Homicidios —dijo—. ¿Por qué te ocupas de un robo?

—Precisamente, por la amistad que unos une. Y déjate ya de dar rodeos. Quiero saber dónde está Petula o te arrestaré, acusado de obstrucción a la justicia. En este caso, la amistad no cuenta, ¿sabes?

Hubo un momento de silencio. Al fin, Harmel dijo:

—Está en el

«Night & Day

Motel», apartamento veintidós.

Rourke dio media vuelta.

—Gracias, Kip.

Rourke alcanzó la puerta y la abrió.

—¡Freeman! —llamó.

Un agente de uniforme se presentó en el acto.

—¿Señor?

—Quédese aquí y cuide de que el señor Harmel no utilice el teléfono en absoluto. Permanezca en esta casa, hasta que llame yo y le diga que ya puede regresar a Jefatura, ¿entendido?

—Sí, señor.

Rourke miró de nuevo a su amigo.

—Lo siento, pero esta vez, esa chica se ha metido en un maldito jaleo, del que no le va a ser posible salir —se despidió.

CAPÍTULO XI

Snyder entró en el despacho y fijó la vista en el dueño de la casa.

—Hola, Penton —saludó fríamente.

—¿Puedo servirte en algo, Reg? —dijo Cartney con no menor frialdad.

De pronto, Snyder se echó a reír.

—¿Qué te pareció el «millón» de dólares, Penton?

—No sé de qué me estás hablando, Reg. Tengo trabajo, ¿sabes?

—Sí, tienes trabajo. El que representa abrir esa caja fuerte.

Cartney levantó las cejas.

—¿Has venido a atracarme?

Impasible, Snyder sacó una pistola y encañonó al dueño de la casa. Éste se asustó. Sobre todo, cuando se dio cuenta de que el arma tenía silenciador.

—Abre la caja, Penton —ordenó Snyder fríamente.

—El dinero era falso. Eran billetes de los que se usan en el cine, cuando se quiere simular una gran suma de dinero. Entonces, ¿por qué quieres que abra la caja?

—Obedece. No hagas preguntas.

Cartney hizo un gesto de resignación.

—Está bien —dijo.

Se puso en pie y cruzó oblicuamente la estancia. Fue a la caja, marcó la combinación y agarró la manija de la puerta. Snyder se le acercó en aquel momento.

—Apártate.

Cartney se separó unos pasos. Sin dejar de vigilarle con el rabillo del ojo, registró la caja rápidamente, arrojando al suelo cuántos papeles había en su interior, así como un puñado de billetes. De pronto, lanzó un rugido de cólera.

—¿Dónde está? —aulló.

—No sé a qué te refieres... Si buscas los billetes falsos, han ido al incinerador...

—No me refiero a esos billetes, sino a...

De repente, Snyder se dio cuenta de que Cartney estaba metiendo disimuladamente la mano en uno de los cajones de la mesa. Enfurecido, se volvió y apretó el gatillo.

Cartney dio un salto hacia atrás, a la vez que emitía un hondo gemido. Snyder hizo fuego cuatro o cinco veces más, acribillándolo literalmente. Su furia se disipó un tanto al ver a Cartney caído en el suelo, hecho un ovillo.

Entonces miró a derecha e izquierda. Nadie había oído el ruido de los disparos. Podía marcharse con toda tranquilidad, sin que le molestasen.

Guardó la pistola y se encaminó hacia la puerta. Una vez fuera, buscó la salida.

Clough estaba en la entrada, jugando con uno de los mastines.

—¿Se marcha ya? —preguntó.

—Sí. Penton ha dicho que no le molestéis; tiene trabajo y quiere estar solo.

—Muy bien.

Con toda tranquilidad, Snyder subió a su coche y arrancó en el acto.

Pasaría mucho rato antes de que los guardaespaldas se atrevieran a entrar en el despacho de su jefe. Para entonces, él ya estaría muy lejos... y con los bolsillos bien provistos.

Los ojos de Petula estaban llenos de lágrimas.

—Esto es mi ruina —dijo, abatida.

Harmel la contempló a través de las rejas.

—Siento terriblemente todo lo ocurrido —manifestó—. En realidad, la culpa es mía, yo te he metido en este jaleo y tendré que sacarte de él, cueste lo que cueste.

—Ya no me importa nada, Kip —declaró ella, profundamente desmoralizada—. Lo mejor será que no vuelvas a verme más.

—No digas tonterías. La culpa es mía, insisto. —Harmel hizo un gesto de pesar—. Me creí un superhombre, un ser dotado de poderes mágicos, que podía resolverlo todo poco menos que con chasquear los dedos, y lo único que he conseguido es que te metan en la cárcel.

Petula no contestó. Harmel hizo una corta pausa y preguntó:

—¿Tienes abogado ya?

—No, Kip.

—Yo te proporcionaré uno. Sé a quién dirigirme; es uno de los mejores de la ciudad. Te sacará muy pronto de aquí...

—¿Con mis antecedentes? —dudó ella.

—Petula, si te fijas en una cosa recordarás, aún mejor que yo, que jamás has estado detenida hasta ahora. No hay antecedentes tuyos; sólo unos informes que no pueden ser considerados como pruebas que puedan ser presentadas en un juicio.

—Te equivocas, Kip. Al detenerme, me encontraron la billetera de Cartney.

Harmel se quedó helado.

—¿Seguro?

—¿Por qué iba a engañarte?

—¿Encontraron también la fotografía?

—No. La quemé, y también el negativo. Pero no me dio tiempo a enviarle la billetera por correo.

—¿Había mucho dinero?

—Unos mil seiscientos dólares, no los conté con exactitud.

Harmel torció el gesto.

—De todos modos, es un delito menor —calificó—. El abogado podrá obtener tu libertad bajo fianza.

—¿Fianza? —Petula rió amargamente—. Debo de tener unos setecientos dólares ahorrados...

—Trabajabas dignamente y habías conseguido el aprecio de los dueños de la tienda. Además, Snyder me dio cinco mil dólares. Tengo dos mil más, ahorrados. Gastaré todo ese dinero, si es necesario, pero te sacaré de la cárcel. Yo te he metido en este jaleo y mi obligación es ayudarte con todas mis fuerzas.

Petula se esforzó por sonreír.

—Eres demasiado bueno, Kip —dijo.

—No, no lo soy; de lo contrario, no te habría metido en este conflicto. Debería haber pensado en ti y no en satisfacer mi orgullo y mi vanidad.

—¿Tu orgullo? —se extrañó la chica.

—Sí. Pensé que Cartney tenía algo que ver con los asesinatos de la mano escarlata y creí que, de este modo, le haría dar un paso en

falso, que le haría delatarse. La cosa se habría hecho pública, yo habría adquirido cierta fama... y lo único que he conseguido ha sido meter la pata hasta el cuello. Bien, repito, no te preocupes, Petula. Ahora mismo iré a hablar con ese abogado...

—Kip, ¿puedo pedirte un favor? —solicitó ella de pronto.

—Sí, claro.

—Mi coche está todavía en el estacionamiento del motel.

¿Quieres llevarlo al «*parking*» de mi casa?

—Claro, encanto.

—La policía tiene las llaves —indicó Petula.

—Muy bien, descuida. ¿Algo más?

Ella hizo un gesto negativo. Harmel murmuró algo entre dientes.

—Hay algo que no entiendo —masculló—. Snyder se prestó sin dificultades al juego. Luego, de pronto, te denuncia como autora del robo de un millón de dólares y hace que te encierren. ¿Qué juego se lleva entre manos, Petula?

—No se me ocurre nada, Kip.

—Descuida, yo lo averiguaré.

—¿Hablarás con él?

—¡Por supuesto! Repito, no te preocupes; sólo te pueden acusar del robo de una cartera, lo cual significa que estarás libre antes de que llegue la noche.

Harmel se dirigió inmediatamente a la oficina de su amigo. Rourke estaba hablando por teléfono y tuvo que aguardar a que terminase. Entonces, Rourke le dirigió una mirada escasamente afectiva.

—No me pidas nada, Kip —empezó diciendo—. No pienso mover un solo dedo por ayudarte.

—Muchas gracias, Grant, pero no pensaba pedirte el menor favor —contestó el joven con sequedad—. Sólo quiero decirte una cosa: voy a buscar un abogado.

—Lógico.

—Y ella admitirá solamente haber robado una cartera, con mil seiscientos dólares.

—Un millón, Kip.

—¿Has encontrado esa enorme suma de dinero?

—La están buscando. Y la encontrarán, descuida.

—Creo que sueñas, Grant. Pero no quiero despertarte. Te

despertarás tú... en el suelo, porque te habrás caído de la cama.

—Deja que yo aguante ese golpe —contestó Rourke sin inmutarse.

—Grant, la palabra de Snyder no es suficiente. Tienes que encontrar pruebas del robo de ese millón de dólares.

—Ya no es asunto mío. Ha pasado a la División de Robos.

—El asunto es de toda la Policía, pero no quiero seguir discutiendo más. ¿Tienes ahí las llaves del coche de Petula?

Rourke se las arrojó y Harmel las atrapó al vuelo.

—Gracias.

El policía no dijo nada. Harmel sabía que estaba enfadado, pero confiaba en que, con el tiempo, se le pasaría y volverían a ser buenos amigos.

El gerente del
«Night & Day
Motel» miró atravesadamente al hombre que acababa de hacerle una solicitud.

—¿Y cómo sé yo que tiene permiso de la dueña para llevárselo?
—preguntó, con escasa amabilidad.

Harmel enseñó las llaves.

—¿Le convence esto? —dijo.

—Sólo son unas llaves —rezongó el individuo.

—Escuche... —De pronto, Harmel concibió una idea—. Oiga,
¿por qué se la ha llevado la policía?

—La acusaron de un robo. Mucho dinero, creo.

—Bien, el coche es mío y ella me lo robó.

—Oh, siendo así... Pero los policías no dijeron nada.

—Aún no he presentado la denuncia. Y ya no hará falta, si usted me indica dónde está el coche.

—De acuerdo. Venga conmigo.

Momentos después, Harmel se sentaba ante el volante del coche de Petula. Maldijo en su interior; ahora que la chica había encontrado un buen empleo, él lo había echado todo a perder. La despedirían y...

Era mejor no pensar en ello, se dijo. Arrancó suavemente, descendió la pequeña pendiente que había ante el motel y esperó el momento oportuno para entrar en la autopista.

Cuando se disponía a salir, vio que un automóvil llegaba a gran

velocidad. Pero tenía sitio libre en la autopista y no quiso entretenerse en confirmar lo que había creído ver. Debía de tratarse de una ilusión óptica, se dijo.

En el mismo coche, se dirigió a «All Sports». Solicitó ver al propietario. Una de las dependientas le hizo entrar en un despacho, en el que había una mujer de cierta edad, pero todavía atractiva y elegantemente vestida.

—Soy Chris Thomas —se presentó ella—. ¿En qué puedo servirle, señor Harmel?

—¿Es usted la propietaria del negocio?

—Uno de los propietarios. Yo lo dirijo personalmente; los otros son, digamos, accionistas. Pero ¿por qué me lo pregunta?

—Se trata de Petula Simpson —dijo el joven—. Supongo que ya conoce la noticia.

—Sí, en efecto. ¿Y bien?

—Deseo conocer su opinión acerca de esa muchacha.

—¿Puedo saber los motivos, señor Harmel?

—Voy a casarme con ella.

—Oh. —La señora Thomas alzó unas cejas muy dibujadas—. Es una joven realmente encantadora, trabajadora y sumamente eficiente. Estoy muy contenta con ella.

—¿A pesar de su pasado? ¿A pesar de que ahora esté en la cárcel, acusada de robo?

—Sospecho que debe de tratarse de un error, que muy pronto será subsanado —contestó la mujer—. Petula tiene aquí un empleo.

—¿De veras no le importa?

—Le diré una cosa; señor Harmel. De las nueve dependientas que hay, cinco han pasado por la cárcel, por distintos delitos, Ninguna ha dado muestras de volver a delinquir.

—Creo que entiendo, señora —sonrió el joven—. Ustedes ayudan a las personas en dificultades...

—Lo hacemos con mucho gusto y, créame, hasta ahora, no hemos tenido que lamentarlo en absoluto. ¿Por qué iba a hacer una excepción con Petula Simpson?

—No sabe cuánto se lo agradezco, señora.

—Procure que vuelva pronto, señor Harmel; nos hace mucha falta —dijo ella.

—Puedo asegurarle que mañana estará de nuevo en la tienda —

contestó Harmel.

«No toda la gente es mala», pensó, cuando se disponía a volver al descapotable de Petula. Abrió la portezuela y entonces vio algo en lo que no se había fijado.

Había una cosa blanca en el suelo, entre los dos asientos. Harmel empujó hacia adelante el del conductor y se agachó para recoger aquel sobre, grueso, de grandes dimensiones. De pronto, aunque vagamente, recordó que Petula había traído consigo un objeto, después de huir de la casa de Snyder, y que lo había arrojado sobre el asiento trasero. Más tarde, sin duda, calculó, el sobre habría caído al suelo, debido a algún frenazo del coche.

El sobre estaba cerrado, sin ninguna indicación. Harmel dudó un momento, pero acabó por desechar todo escrúpulo y lo abrió a tirones.

En el interior, como había creído en un principio, no había ningún papel. Pero lo que encontró le hizo abrir los ojos desmesuradamente.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil, tratando de ordenar sus pensamientos. No tardó mucho en recobrar la serenidad. Entonces, accionó el contacto y pisó el acelerador.

CAPÍTULO XII

Snyder llegó a su casa y se dirigió inmediatamente al gabinete de trabajo. En la mano derecha llevaba un maletín, que dejó abierto encima de la mesa. Luego se fue a una estantería de la biblioteca y quitó una hilera entera de libros, que dejó caer al suelo, sin preocuparse en absoluto del daño que pudieran sufrir. Entonces, los diez fajos de billetes auténticos quedaron al descubierto.

Inmediatamente, sacó un par de ellos y se volvió, para dejarlos en el maletín. Entonces fue cuando vio al detective, al otro lado de la mesa.

Snyder se sobresaltó un instante. Luego sonrió.

—Hola, Harmel. No le oí entrar —dijo.

—La puerta estaba abierta —contestó el joven gravemente.

—Tengo que salir de viaje —manifestó Snyder—. Si quiere decirme algo, hágalo pronto, por favor.

—¿Se va fuera del país?

—Una temporada. El negocio del que le hablé debe ser concluido en el extranjero.

—Quizá en las Bahamas. O en el Brasil.

Snyder volvió a sonreír.

—Amiguito, no sea usted curioso. Usted me ayudó y se lo agradezco sinceramente. Es más, se lo probé con una buena recompensa. Pero ahí acaba toda nuestra relación.

Snyder puso los billetes en el maletín y lo cogió con ambas manos, para volver al mismo sitio. Sujetándolo con una mano, siguió arrojando fajos de billetes a su interior. Al terminar, echó la tapa y lo cerró con las presillas.

—Tendrá que salir conmigo, Harmel —dijo, a la vez que se volvía—. Pienso dejar la casa cerrada...

Snyder se calló repentinamente. Encima de la mesa había una mano de color rojo vivo. A su lado, se veía un gran sobre blanco,

abierto, en cuyo interior se divisaban más trozos de plástico escarlata.

El rostro del sujeto griseó y se puso ceniciento.

—¿Era esto lo que fue a buscar al motel? —preguntó Harmel.

Durante unos segundos, sólo hubo silencio en el despacho, una calma quieta, densa, ominosa, precursora de una terrible tempestad. Luego, Snyder, haciendo un esfuerzo, consiguió enderezarse.

—No sé de dónde ha sacado esa mano, pero puedo asegurarle una cosa: no tengo nada que ver con esos crímenes.

—Hace algunos años, una compañía de transporte de dinero tenía que enviar un millón de dólares, que desapareció inexplicablemente. El dinero estaba en billetes grandes, cosa que hacía difícil su circulación, por lo que el ladrón decidió dejar pasar un tiempo, antes de aprovecharse del botín.

—Ese ladrón —continuó Harmel, impasible—, era Randy Witts, a quien un tal Milt Conover, antiguo empleado de esa empresa, informó de la fecha exacta en que se iba a hacer el transporte del dinero. Conover lo hizo por despecho, puesto que su carácter atrabiliario le había causado graves problemas e iba a ser despedido.

—Witts se apoderó del dinero y lo escondió. Pasaron algunos años y usted, no importa cómo, llegó a la conclusión de que Conover sabía algo del asunto...

—Fui accionista de aquella compañía —declaró Snyder roncamente—. Yo había autorizado el transporte del dinero y ello me costó el cargo.

—Lo sé. Pero, en todo caso la compañía de seguros cubrió la pérdida, de modo que usted no tuvo que aflojar los cordones de su propia bolsa. Sólo perdió un buen empleo, y ganó bastante dinero al vender las acciones que tenía. Al cabo de ese tiempo, sus negocios empezaron a marchar mal y pensó en ese millón de dólares. Basándose en ciertas deducciones, pensó que Conover debía de saber algo de particular... y se lo arrancó, torturándolo salvajemente. Después, fue a casa de Witts y lo asesinó y le quitó el millón de dólares.

—Entre tanto, Cartney, que también seguía la pista a ese botín y que ambicionaba conseguirlo, pudo enterarse, de sus manejos. Sobre todo, cuando sobornó a Madigan, su secretario, a quien usted

asesinó, como castigo a su infidelidad. Quizá esperaba también que Cartney se asustara, aunque eso no tiene ahora ninguna importancia.

—Pero antes de matar a Madigan asesinó a Lily Forbes. Lily conocía mucho a Witts y llegó a enterarse del asunto. Witts le dijo asimismo que usted iba detrás del dinero. Si Lily continuaba viva, representaba un grave peligro, que era preciso eliminar. Por eso la asesinó, sorprendiéndola cuando yo estaba en su apartamento. Ella no sospechó por el momento; sólo pensaba que usted quería pedirle que callase, así, amistosamente y en cuanto se descuidó un poco, la golpeó y luego la estranguló.

—Usted ya tenía el dinero en su poder. Ahora era preciso aguardar la ocasión propicia para marcharse del país, sin despertar sospechas. Las cosas se complicaron un poco, cuando vine a informarle de que iban a robar su caja fuerte, aunque esperaba solucionar el problema sin demasiadas dificultades. Pero cometió un terrible error: olvidó el sobre que contenía los trozos de plástico rojo.

—Pensé que no lo tocarían —dijo Snyder—. A fin de cuentas, la chica sólo iba a abrir la caja y el otro cargaría con los billetes de guardarropía.

—El sobre cayó inesperadamente al suelo, cuando el acompañante de Petula cerraba la caja. Ella se lo llevó, pensando enviárselo a usted, pero las cosas se complicaron un poco y lo olvidó en el coche. Yo lo he encontrado —declaró el joven.

—Eso no es ninguna prueba —exclamó Snyder.

—La policía guarda las otras manos de plástico. Harán comparaciones. Además, dos de sus víctimas murieron de sendos balazos. En alguna parte tiene usted una pistola, Snyder.

El asesino sonrió.

—Sí, tengo el arma —admitió.

Y, de repente, dejó caer el maletín con el dinero y sacó la pistola.

—¿Piensa disparar contra mí? —preguntó Harmel tranquilamente.

—¿Puede dudarlo?

—Le aconsejo que tire el arma, Snyder.

—Maldita, sea... —Snyder lanzó una terrible interjección—.

Usted lo ha estropeado todo... Ha echado a perder el mejor negocio de mi vida...

—Yo no robé un millón de dólares —dijo Harmel fríamente—. No me culpe de algo de lo que soy absolutamente inocente. Aunque bien es verdad que usted mismo me aconsejó que hablase con Lily, porque quería que me culpasen de su muerte. Por fortuna, ese deseo no prosperó, Snyder. Y, dígame una cosa, ¿por qué dejaba las manos rojas después de cada crimen?

—Quería que pareciese como una venganza personal... Era una señal destinada a aumentar las dudas de la policía.

—No cabe duda de que lo consiguió —dijo Harmel—. Pero ahora ya es tarde; ya vienen a por usted.

—¿Qué? —gritó Snyder.

Sonaron pasos precipitados en el vestíbulo. La puerta se abrió de repente.

Harmel se agachó detrás de la mesa. Rourke irrumpió en el despacho, pistola en mano.

—¡Entréguese, Snyder! —gritó.

El asesino se revolvió, furioso. Rourke adivinó su intención y se arrodilló. Los policías que le acompañaban saltaron a ambos lados de la puerta.

Snyder disparó un par de veces. Apuntando hacia arriba, Rourke hizo fuego. El asesino retrocedió, giró sobre sí mismo y se desplomó de bruces sobre el maletín que contenía el dinero.

Rourke corrió hacia él y le dio la vuelta. Snyder tenía los ojos cerrados y respiraba dificultosamente.

—Llamen a una ambulancia —ordenó—. Aunque no creo que llegue vivo al hospital...

Miró al joven.

—¿Cuándo dejarás de meter las narices donde no te importa? —Gruñó.

Harmel se levantó.

—Has tardado demasiado, Grant —dijo, de mal humor.

—No pude venir antes. Me avisaron de que Cartney había sido asesinado. Sus guardaespaldas dijeron que Snyder lo mató.

Harmel meneó la cabeza.

—Por un millón de dólares —suspiró.

Se acercó al maletín, lo abrió y se lo entregó al policía.

—Aquí está el dinero —dijo—. Si Cartney ha muerto, no habrá cargos por el robo de la billetera. Llama a Jefatura, para que la pongan en libertad.

Rourke asintió.

—Ahora mismo —contestó.

—Diles que esperen a que llegue yo —pidió el joven, mientras se dirigía hacia la puerta a todo correr.

Desde la ventana de su despacho, Petula divisó al hombre que, acompañado por una, de las dependientas, inspeccionaba en el patio posterior los remolques para automóviles. El aspecto del individuo le pareció conocido y, para asegurarse mejor, se puso los lentes.

—Pero si es... —exclamó, vivamente sorprendida.

Inmediatamente, se puso en pie y buscó la puerta posterior. El cliente salía en aquel momento de una caravana y parecía muy satisfecho de su aspecto.

—¡Kip! —exclamó Petula.

Harmel se volvió.

—Ah, hola —exclamó jovialmente—. Voy a comprar un remolque, ¿sabes?

—¿Piensas salir de viaje?

—Creo que sí. Todo depende de...

Petula miró a la dependienta.

—Señorita Nancy, ¿quiere dejamos solos, por favor?

—Desde luego.

La empleada se marchó. Petula se quitó las gafas y empezó a mordisquear una de las patillas.

—Kip, ¿qué te propones? —preguntó.

—Ya te lo he dicho. Quiero comprar una caravana. Tengo ganas de viajar un poco y detenerme donde vea un buen sitio, sin necesidad de buscar alojamiento en hoteles... Pero, claro, no me gustaría ir solo.

—Creo que no te sería difícil encontrar compañía —dijo ella con voz tensa.

—Yo también lo creo así. Me alegro de que hayas vuelto a tu trabajo, Petula. Hablé con la señora Thomas; me dio muy buenos informes tuyos.

—Lo sé. Es una mujer excelente. Gracias, Kip. Oye, dime,

¿dónde has estado todo este tiempo? Me dejaste en casa, después de salir de la cárcel, y luego...

—He estado buscando un trabajo más estable. Me he cansado de seguir a tipos como Bates, Green... Los que trabajaban para Witts, ya sabes. Aparte de otras cosas que no es preciso mencionar.

—¿Es bueno el empleo?

—Sí, muy bueno.

—Entonces, si es un trabajo estable, ¿para qué quieres el remolque?

—Voy a casarme. Haré el viaje de novios en él.

—Oh... ¿Quién es ella, Kip?

Harmel sonrió tenuemente.

—¿No te gusta a ti viajar en caravana? —preguntó.

Ella se puso pálida.

—Kip, no estarás pensando...

—Contéstame Petula.

—Pero...

—¿Te gusta o no te gusta?

Petula acabó por sonreír.

—No me disgustaría, en efecto —contestó.

—Entonces, vamos a tu oficina para arreglar la documentación.

—Harmel palmeó la pared del remolque—. Quiero éste. A menos que tengas algún inconveniente y prefieras otro.

—Cualquiera es bueno, Kip —respondió ella dulcemente.

Harmel la agarró por un brazo.

—Petula, se acabó la vida de aventuras —aseguró—. Puede que, a partir de ahora, nuestra existencia sea un poco más rutinaria, pero, por lo menos, evitaremos jaleos... como el que organizamos cuando asaltamos la casa de Cartney. Cuando escuché todos aquellos ruidos, me puse a temblar, pero ahora que ya todo se ha pasado, no puedo por menos de reírme.

—Sí, visto en estos momentos, resulta hilarante.

Petula se puso seria de pronto.

—Fue un asunto muy desagradable —añadió.

—Será mejor que lo olvidemos —propuso él.

—Estoy de acuerdo contigo, Kip.

Ella se detuvo ante la puerta del edificio.

—Y a propósito, ¿has pensado ya en una fecha para la boda? —

preguntó.

—Lo dejo a tu elección, si no tienes inconveniente.

—Me gustaría que fuese muy pronto, Kip.

Harmel sonrió. Metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de papeles.

—Tengo todos los documentos listos —anunció—. Sólo falta tu firma en unos cuantos. Mañana por la tarde, podríamos emprender el viaje de novios. ¿Te parece bien?

Petula se colgó de su cuello.

—Me parece un sueño —suspiró.

Harmel se inclinó para besarla.

—Voy a despertarte —dijo.

FIN

**¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!**

BISONTE
Serie Roja

BISONTE
Serie Azul

**ASEGURE
SU
EJEMPLAR**

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

